

36



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

UNAM

CAMPUS IZTACALA

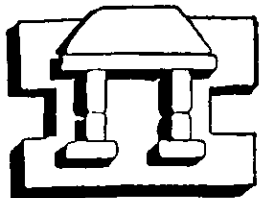
“FAMILIA Y PERSONALIDAD”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A :
GLORIA CHAVEZ NAVARRO

ASESORES:

LIC. ALEJANDRO VELASCO RIVERA
MTRO. ROBERTO ARZATE ROBLEDOS
DR. EDGARDO RUIZ CARRILLO



IZTACALA

TLALNEPANTLA, EDO. DE MEXICO

2000

28/1510



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS.

A JEHOVÁ DIOS:

Te agradezco Jehová por permitirme conocerte y por todas las facilidades que me has brindado en la vida para desarrollarme física, intelectual y espiritualmente.

Gracias por tu infinito amor.

A MIS ASESORES:

Les agradezco todo el tiempo y trabajo invertido en la corrección y realización del trabajo. Mi más sincero agradecimiento por su interés, comentarios, críticas y sugerencias, los cuales fueron valiosos en la realización de este trabajo.

A MIS PADRES:

Gracias por darme la vida, pero en especial a mi MADRE, por todo el apoyo que me brindó y transmitirme esa fuerza de voluntad que siempre la ha caracterizado.

A MIS HERMANOS:

Por su ayuda incondicional que me ofrecieron en el desarrollo de mis estudios, especialmente mi hermano Alfredo, con gratitud por su gran apoyo y cooperación durante mis estudios quien me demostró lo que es la generosidad y amistad.

A MIS HIJAS:

Gloria y Celeste:

Por ser la razón de mi vida,
la esperanza y la luz de mi presente
y de mi futuro y por ser el regalo
máspreciado que Dios me ha dado.

A MI ESPOSO:

A tí Gerardo, que nunca dejaste de apoyarme,
de sorprenderme día a día con tus detalles,
siempre encaminados a lograr todo aquello
que para los dos es tan importante y a quien
hoy respondo con lo más puro y claro que
puedo otorgar, por tu gran empeño, la
realización de mis sueños que aún no terminan;
ser mujer, madre y profesionista, preparación
para una relación conjunta y que gracias a tu
paciencia y dedicación has hecho que yo
logre un objetivo más en mi vida. Con profunda
Admiración, Amor y Respeto.

Gracias por demostrarme en todo momento
confianza, amor, amistad y apoyo.

INDICE.

PAG.

RESUMEN.

INTRODUCCION.....	1
CAPITULO I . PERSONALIDAD.....	3
1.1. Definición de Personalidad.....	3
1.2. Desarrollo de la Personalidad.....	12
1.3. Factores que Influyen en el Desarrollo de la Personalidad.....	22
CAPITULO II . FAMILIA.....	27
2.1. Definición de Familia.....	27
2.2. Bases Teóricas de la Familia.....	29
2.3. Roles Familiares.....	37
2.4. La Familia y su Influencia en el Desarrollo Psicológico de los Hijos.....	45
CAPITULO III . LA INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.....	49
3.1. Influencia de la Familia en la Socialización.....	51
3.2. Influencia de la Familia en las Emociones.....	60
3.3. Influencia de la Familia en el Proceso Cognoscitivo.....	66
3.4. Influencia de la Familia en las Necesidades y Motivos.....	74

CONCLUSIONES.....	81
--------------------------	-----------

BIBLIOGRAFIA.....	89
--------------------------	-----------

RESUMEN.

El estudio de la personalidad es un tema importante de investigación, ya que ésta implica uno de los fenómenos más complejos importantes de la vida humana.

Por lo tanto, es de interés especial en la investigación de la personalidad el conocer aquéllos factores o condiciones que influyen para el buen funcionamiento y desarrollo de ésta.

Así, en el presente trabajo de investigación se contempló como objetivo el determinar cómo influye la familia en el desarrollo de la personalidad de los hijos.

Finalmente, en el presente trabajo se llegó a la conclusión fundamental de que la familia tiene una función primordial que es formar a sus integrantes; y especialmente en su ~~participación en la formación social, moral y afectiva de sus miembros~~, lo cual es determinante para el desarrollo de la personalidad del niño.

Por tal motivo, la familia es la sede en la que se aprenden muchos modos colectivos de conducta.

INTRODUCCION.

El hombre es ante todo un animal social, y la vida humana, tal y como la entendemos hoy, sería imposible si los otros no existieran. No sólo la vida del adulto aislado sería difícil de concebir, sino que la del niño sería inimaginable.

Es por tanto, que la familia es, sin duda, la formación básica de la sociedad humana. Su origen es biológico, como algunas de sus esenciales funciones, pero es un factor cultural de trascendental importancia en la vida del hombre, tanto desde el punto de vista de su ser social como de su personalidad, sobre la cual ejerce una poderosa y perdurable influencia, cuya profunda huella ha ido poniendo de manifiesto la psicología contemporánea.

Ahora bien, los fenómenos presentados en cada momento de la vida son predictores de aspectos para un momento futuro, de tal manera, lo vivido en la niñez se reestructura para la adolescencia y así sucesivamente, hasta la formación total de la personalidad.

En la actualidad se cuenta con conocimientos acerca del desarrollo del infante, que puede servir de guía para lograr una participación más eficaz en el proceso del desarrollo de la personalidad.

Teniendo en cuenta que la participación del otro forma parte de esa estructura de la personalidad y que en estos momentos los individuos viven en función de las condiciones sociales, retomar el aspecto familiar como principal círculo social y portador de características individuales, proporciona amplia información para el desarrollo del sujeto, ya que como se sabe, la mayor importancia institucional es la familia.

Por tal motivo, el objetivo del presente trabajo fué determinar cómo influye la familia en el desarrollo de la personalidad.

Por lo tanto, este trabajo se organizó en tres etapas

En el primer capítulo, se plantean definiciones acerca de la personalidad de algunos teóricos. De esta manera se presentará un conjunto de conceptos que se refieren a la individualidad del ser humano.

En el segundo capítulo, se describirán las funciones y estructura de la familia y su influencia ejercida en el desarrollo psicológico general sobre el ser humano.

En el tercer capítulo, se retoma el objetivo principal del trabajo, y en especial determinar la influencia de la familia en ciertas áreas psicológicas tales como la socialización, las emociones, los procesos cognoscitivos, y las necesidades y motivos.

Y por último, se presentan las conclusiones a las que se llegó en base a la investigación realizada en el presente trabajo.

CAPITULO I.

PERSONALIDAD.

El estudio de la personalidad es uno de los que más atención han merecido en la psicología contemporánea. Esto es comprensible si se tiene en cuenta su gran importancia teórica y práctica.

En los últimos años, la palabra "personalidad" se ha convertido en una de las más importantes y utilizadas en cualquier idioma. Evidentemente, no constituye una palabra nueva, ya que acostumbramos a emplearla cada día para describir o explicar las impresiones que el resto de la gente nos causa.

1.1. DEFINICION DE PERSONALIDAD.

Las definiciones acerca de la personalidad son muchas y difieren según la concepción filosófica o psicológica que se tiene.

Etimológicamente, el término de personalidad procede de la palabra latina persona, que designaba la máscara que utilizaban los actores en las representaciones teatrales. Este significado concreto fué ampliándose y volviéndose abstracto, pasando a referirse a la forma en que uno aparece ante los demás y, también al conjunto de cualidades que posee un sujeto y que determinan su forma de actuar. Esta última idea es la más próxima al concepto de personalidad como se emplea en la psicología actual (Mustieles, 1980).

Se podría llenar un volumen con todas las definiciones de la personalidad. En efecto, a pesar de la evolución en el significado del término, y de las múltiples acepciones que se le han dado a lo largo de la historia, la idea de la personalidad entendida como un conjunto de cualidades del individuo ha prevalecido hasta hoy.

Krench y Crutchfield dijeron en 1948, (Citado en Sarason, 1990, pág. 12) "El individuo aprende a reducir sus tensiones como una función de sus experiencias pasadas de éxito o fracaso con ellas y de la oportunidad de emplearlas dentro de los límites de su cultura particular. La personalidad puede describirse como un esquema de importancia relativa, según el cual, estos diversos modos de adaptación a la tensión caracterizan al individuo"

El concepto personalidad pertenece al estudio general del comportamiento humano, como manera típica y única de funcionamiento psíquico. Esta forma de vida psíquica que constituye la personalidad se caracteriza, entre otras cosas, por un extraordinario desarrollo de las funciones cognoscitivas, la que no solo permite al individuo percibir al mundo y actuar en él, sino también percibirse y conocerse como actúa frente a los otros y al mundo.

Wittig (1993), La personalidad de un individuo consiste en aquellos atributos permanentes que son representativos de su comportamiento. Los atributos permanentes de la personalidad pueden ser adquiridos por experiencias únicas de la persona o por las experiencias compartidas con otros. Los atributos pueden también resultar de la influencia hereditaria o de la interacción de herencia y ambiente.

Muchos autores se han acercado al concepto de personalidad agrupando en categorías las definiciones psicológicas existentes. Cada autor ha propuesto sus categorías, pero a la postre, todas podrían ser integradas en el sistema de clasificación que ya en 1937 propusiera Allport basándose en el criterio sobre el que se hace mayor énfasis en cada definición: 1) definiciones aditivas; 2) definiciones configuracionales - integradoras; 3) definiciones jerárquicas; 4) definiciones en términos de ajuste; y 5) definiciones en la distintividad. A estas cinco categorías se añade, una sexta, categoría, que consiste en definiciones basadas en la estabilidad, puesto que es éste un criterio que ha aparecido con mucha frecuencia en las definiciones formuladas en los últimos 30 años al hilo de la polémica "persona situación" que tuvo lugar en los años 70. Veamos brevemente estas categorías y sus implicaciones para la definición del concepto de personalidad (Pelechano, 1993, Citado en: Sanz, 1998).

Las definiciones aditivas son aquéllas que entienden a la personalidad como la suma de todas las características que posee y definen al individuo. Ejemplos de este tipo de definición serían las propuestas por Prince y Eysenck:

“La personalidad es la suma total de todas las disposiciones biológicas innatas, impulsos, apetitos, e instintos del individuo y de las disposiciones y tendencias adquiridas por experiencia” (Prince, 1906; Citado en: Pinillos, 1976, pág.600).

“Podemos decir que la personalidad es la suma total de los patrones de conducta actuales o potenciales de un organismo, en tanto que determinados por la herencia y el ambiente; se origina y desarrolla mediante la interacción funcional de los cuatro sectores principales en los que tales patrones de conducta están organizados: el sector cognitivo (inteligencia), el sector conativo (carácter), el sector afectivo (temperamento) y el sector somático (constitución)” (Eysenck, 1947; Citado en: Sanz, 1998, pág. 23).

Las definiciones configuracionales-integradoras también parten de la idea de la personalidad como un conjunto de atributos que definen a un individuo, pero acentúan el carácter organizado y estructurado que presentan tales atributos. Por ejemplo:

“Personalidad es la organización dinámica dentro del individuo de aquellos sistemas psicofisiológicos que determinan sus ajustes únicos a su ambiente” (Allport, 1962, pág.28).

“He asumido en compañía, creo, de la mayoría de los teóricos en este campo que la personalidad existe como un todo organizado (sistema), que está constituido de partes o elementos (subsistemas), y está separado de alguna forma del ambiente con el cual interactúa” (Sanford, 1963; Citado en: Sanz, 1998, pág. 23).

Las definiciones jerárquicas no sólo hacen referencia a que los atributos del individuo están organizados, sino que, además, hacen hincapié en la naturaleza jerárquica de las relaciones entre dichos atributos, de forma que unos tienen preponderancia sobre otros. Eysenck afirmaba:

“es hoy ampliamente aceptado que un modelo de personalidad debe ser jerárquico, como yo había argumentado desde el principio. Se ha visto que este sistema tiene cuatro niveles, siendo el más inferior el de los actos o las cogniciones que ocurren aisladamente. En el segundo nivel tenemos los actos o las cogniciones habituales (p.ej., un individuo tiene dolores de cabeza frecuentes, o frecuentemente es impuntual). El tercer nivel es el de los rasgos, definidos en términos de intercorrelaciones significativas entre conductas habituales diferentes. El cuarto y último nivel es el de los tipos, factores de orden superior, o dimensiones de personalidad. Estos se definen en términos de intercorrelaciones observadas entre rasgos” (Eysenck, 1990, pág.244).

Las definiciones en términos de ajuste hacen alusión a aquellos aspectos del individuo que le aseguran un cierto equilibrio con el medio. La definición de Allport que se presenta renglones atrás refleja esta idea de adaptación con el medio, como así también lo hace la siguiente definición:

“Personalidad designa los patrones típicos de conducta incluidos en los pensamientos y las emociones que caracterizan la adaptación del individuo a las situaciones de su vida” (Mischel, 1979, pág.1).

Las definiciones basadas en la distintividad conciben a la personalidad como lo que es más definitorio y esencial del individuo, aquello que es la base de la diferencia entre personas y hacen a un individuo único.

Algunos ejemplos de este tipo de definiciones son las siguientes:

“La personalidad de un individuo es, por tanto, su patrón único de rasgos” (Guilford, 1959, Citado en : Buss, 1987, pág.5)

“La personalidad vendría constituida por aquellas características de las personas que son más esenciales para el propósito de entender y predecir sus conductas idiosincráticas” (Brody, 1972, pág. 3)

“La personalidad representa la estructura intermedia que la psicología necesita interponer entre la estimulación del medio y la conducta con que los sujetos responden a ella, justamente para dar razón del modo individualizado en que lo hacen” (Pinillos, 1976, pág. 102).

Por último, las definiciones basadas en la estabilidad hacen hincapié en aquellas características psicológicas estables que permiten identificar a una persona a lo largo de toda su evolución, por ejemplo:

“La personalidad es un conjunto estable de características y tendencias que determinan las semejanzas y diferencias de la conducta psicológica (pensamientos, sentimientos y actos) de la gente que denota continuidad en el curso del tiempo, y que puede o no, interpretarse fácilmente con referencia a las normas sociales y biológicas de presión, originadas exclusivamente en la situación inmediata” (Maddi, 1972; Citado en: Sarason, 1990, pág. 12).

Esta estrategia de agrupación en categorías conduce a considerar, la personalidad como un concepto que hace alusión a la organización (configuración integradora) jerárquica, estable y única de todas las características psicológicas que posee un individuo, que determina su ajuste al medio y le hacen diferente de los demás.

Por su parte, para Sánchez-Bernardos (1991; Citado en: Sanz, 1998), se pueden aislar siete atributos pertinentes en las definiciones de personalidad:

- 1) La personalidad es una propiedad del individuo.
- 2) El concepto se refiere a características de naturaleza psicológica (sentimientos, pensamientos o conductas manifiestas); los atributos materiales, las posesiones o los atributos físicos, aunque podrían formar parte del concepto de identidad personal, no son identificables con el concepto de personalidad.

- 3) Está revestido de un halo de generalidad, ya que las conductas, sentimientos o pensamientos se ponen de manifiesto en una gran variedad de contextos.
- 4) Se refiere a atributos que distinguen a una persona de otra
- 5) Hace alusión a características relativamente permanentes de la persona.
- 6) Se refiere a un principio de unicidad e integración, del individuo que integra las inconsistencias aparentes, y
- 7) Conlleva una nota de funcionalidad o disfuncionalidad que hace referencia a conceptos relacionados como los de salud mental o ajuste psicológico.

En resumen, comparando ambas listas de atributos, hay coincidencia entre los autores en resaltar que las definiciones de personalidad hacen alusión a la totalidad de conductas psicológicas (pensamientos, sentimientos y conductas manifiestas), y a características que son relativamente consistentes y estables que acentúan el carácter único de una persona.

Así Mc Clelland (1951; pág.69), definió la personalidad como la conceptualización más adecuada de la conducta de una persona en todos sus detalles

Ahora bien, la personalidad constituye el nivel más complejo de regulación psicológica, pues en ella se encuentran los elementos explicativos de las conductas más complejas del hombre (González, 1985).

Por nivel de regulación entendemos la síntesis necesaria de un conjunto de elementos funcionales y de contenido de la personalidad estrechamente relacionados entre sí, que definen las potencialidades psicológicas concretas de la personalidad, tanto en un plano conductual como ideativo (González, 1989).

El estudio de la personalidad impone romper con la falsa división de lo cognitivo y lo afectivo, pues en el comportamiento del hombre como personalidad, se expresa tanto su potencial cognitivo como sus motivaciones, las que se manifiestan en distintas formaciones psicológicas en una estrecha unidad funcional (González, 1985)

La personalidad se caracteriza por un conjunto de formaciones psicológicas complejas, en las cuales lo cognitivo y lo afectivo forman una unidad funcional que en su nivel más complejo de expresión el consciente volitivo son autorregulados por el hombre (González, 1985).

Bozhóvich (1978; Citado en: González, 1989, pág.89) escribe respecto a esto: "como resultado de las investigaciones aplicadas, hemos establecido que la esfera afectiva atraviesa, evidentemente, el mismo camino de desarrollo que la esfera de los procesos cognitivos. En el curso del desarrollo de las necesidades también surgen estructuras funcionales cualitativamente nuevas, mediatizadas en su composición, en el cual entran tanto componentes afectivos, como cognitivos y también formas y modos de conducta asimilados, lo que forma en fin de cuentas la síntesis superior que, según palabras de Vigotsky, "debe ser denominado con completo fundamento como personalidad del niño"

Otro enfoque interesante que nos plantea la unidad de lo cognitivo y lo afectivo como característica esencial de la personalidad, lo brinda el psicólogo polaco Obujóvsky (1981, Citado en: González, 1989, pág.93). Este autor establece que la personalidad está formada por dos sistemas: el programador y el basal. El sistema programador está integrado por el contenido de las categorías del conocimiento, las tareas y las actitudes emocionales; o sea, un sistema autónomo de reelaboración de la información por la personalidad. El basal se relaciona con el intelecto general, las capacidades, las cualidades del temperamento, tipo de percepción, tendencia a la extroversión, introversión, etc

La personalidad como expresión integral de lo psíquico en el hombre, tiene una determinada estructura, constituida con carácter sistémico por diferentes formaciones psicológicas, como las capacidades, el carácter, la jerarquía de motivos y otros, sin embargo, junto a su estructura, es esencial tener en cuenta su función principal, que es la de regular el comportamiento (González, 1985).

El hombre es esencialmente social como personalidad, porque en sus relaciones sociales se definen tanto el contenido, como las vías de la regulación psicológica, porque en estas

relaciones se define su individualidad psicológica en su especificidad humana (González, 1985).

En este sentido, el poder movilizador, regulador de cualquier contenido social sobre el hombre, se da a través de su personalidad, revelándose en esta relación la posibilidad de explicar las formas más complejas de existencia social del hombre, su ideología, su moral y su posición activa ante diversas áreas de la vida (en el nivel de la regulación psicológica de la personalidad), pues estas formas sociales complejas se expresan en lo psicológico, y constituyen la esencia misma de la personalidad como nivel regulador (González, 1985).

Como bien señala Rubinstein (1949; Citado en: González, 1985, pág.27), la dimensión social no se mantiene como hecho externo con respecto al hombre; ella penetra dentro y desde dentro determina su conciencia, por medio de: a) el lenguaje, el habla, esta forma social del conocimiento; b) el sistema del saber, que es el fruto teóricamente conscientizado y formalizado de la práctica social; c) la ideología, que en la sociedad de clases refleja los intereses clasistas; y por último, d) la correspondiente organización de la práctica individual, la sociedad va configurando tanto el contenido como la forma de la conciencia individual de cada persona.

En los últimos tiempos, el problema de la personalidad atrae cada vez más la atención de los investigadores y, consecuentemente, surgen distintas tendencias en su investigación. Las tendencias más actuales en la investigación de la personalidad, presentan un conjunto de características generales, entre las cuales se señala (González, 1989):

- 1) Los psicólogos se interesan cada vez menos por la definición general de la categoría de personalidad, al reconocer el carácter complejo de esta estructura psicológica y el peligro de unilateralidad que puede implicar una definición cerrada acerca de esta categoría en el momento actual de su investigación. En este sentido, Antsiferova afirma: "Hay sólidas bases para suponer que esta organización psicológica de la personalidad actúa como un sistema complejo de niveles jerárquicos, que en cada etapa de la vida del hombre representa una forma modificada de la historia de su desarrollo" (Citado en: González, 1989, pág.100).

- 2) Se observa una tendencia creciente en los investigadores a enfatizar los aspectos funcionales de la personalidad, al analizar sus contenidos en estrecha relación con sus particularidades funcionales. Acerca de esto escribe Abuljanova: "La tentativa de utilizar el enfoque estructural puro en el estudio de la personalidad, de utilizar métodos estáticos en su conocimiento, expresa cada vez más su incapacidad"; más adelante, continúa la misma autora: "Surge una tendencia natural al aplicar el enfoque procesal, dinámico en la investigación, determinación y análisis del desarrollo de la personalidad" (Citado en: González, 1989, pág.100).
- 3) En tercer lugar, los psicólogos señalan, de manera cada vez más frecuente, entre las funciones esenciales de la personalidad la función de dominio por la personalidad del futuro. Acerca de esto plantea Obujovsky: "La determinación de la personalidad como organización de las cualidades psicológicas o socio-psicológicas da lugar a la pregunta de por qué se forma, qué función cumple en la actividad vital del hombre. Desde nuestro punto de vista, el nivel de la personalidad en la organización psicológica del hombre es el modo, medio o "instrumento" de conquista del futuro con ayuda de acciones creativas" (Citado en: González, 1989, pág.101).

Así, el campo de investigación de la personalidad está en las propias esferas aplicadas de la psicología, por lo cual sus datos, interrogantes y conclusiones son elementos esenciales para los psicólogos ocupados del conocimiento de las formaciones y regularidades generales de la personalidad. En la esfera de la personalidad, la investigación básica y aplicada forman, en el momento actual, una síntesis necesaria que deviene condición para el desarrollo de la teoría acerca de la personalidad.

1.2. DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.

A lo largo de la vida, cada individuo puede adquirir ciertas características, como por ejemplo, firmeza y seguridad en sus decisiones, expresiones y comportamientos, cualidad para comunicarse profundamente con otras personas, aptitud para percibir y experimentar valores superiores, etc. Estas y otras cualidades forman lo que comúnmente se denomina "personalidad". No constituyen propiamente la substancia de un individuo, y pueden aumentar o disminuir según se cultiven, y se atiendan. Así, en el lenguaje ordinario, se dice que alguien tiene una fuerte personalidad, cuando manifiesta estas cualidades en grado superior (Gutiérrez, 1994).

La psicología del desarrollo ofrece como instrumento el estudio de los acontecimientos de la vida del sujeto desde las épocas más tempranas, y cómo estos acontecimientos repercuten en la formación de su personalidad.

Según Gutiérrez (1994), desarrollo de la personalidad es la adquisición de nuevas características, en función de las potencialidades que normalmente posee un individuo. Este desarrollo o crecimiento de la personalidad es una función educativa, que suele fomentarse en los hogares y en las escuelas que verdaderamente asumen su papel formativo.

La investigación en el campo de las ciencias humanas y sociales hacen evidente hoy en día la afirmación de que el tipo de experiencias a las que es sometido un individuo durante su vida, influyen en su desarrollo psicológico y en su conducta (Newman y Newman, 1991).

A partir del nacimiento, el niño necesita una interrelación muy estrecha con adultos protectores y responsables, con el fin de alcanzar el tipo de madurez de la personalidad hacia la cual todos tendemos. Toda personalidad es influida tanto genética como ambientalmente. El factor genético es responsable de las limitaciones del sistema nervioso

central, típicas del individuo, incluso, aunque dichas restricciones son bastantes amplias, éstas permiten una cierta amplitud en la respuesta al ambiente (Watson y Lowrey, 1989)

Ambrose (1963; citado en: Newman y Newman, 1991), considera que los primeros cinco años de vida son decisivos para la formación de la personalidad, en donde los modelos o patrones fundamentales que se han formado en este período perduran, con modificaciones solamente parciales, para influir todo el desarrollo sucesivo.

Es así, que en este primer período de formación, el niño es particularmente sensible a las influencias psicológicas, es decir, a los factores que van a orientar su personalidad en sentido negativo o positivo (Ambrose, op.cit.)

Todas las experiencias afectivas sociales, y la interacción en general con los objetos y situaciones a temprana edad, van a determinar en gran medida la dinámica del desarrollo del niño, así como los aspectos cualitativos, que matizarán su personalidad (Reese, 1980; Citado en: Otero, 1989).

Erikson (1963; Citado en: Di Caprio, 1998), afirma que durante el primer año de vida posnatal, el lactante afronta su primer desafío importante, cuya victoria ejerce un efecto profundo en todos los desarrollos ulteriores. El lactante se encuentra en el desgarrador dilema de confiar o desconfiar de las cosas y la gente que lo rodea. El sentido de confianza se desarrolla, si las necesidades del lactante son satisfechas sin demasiada frustración. El niño que ha alcanzado un sentido básico de confianza percibe cuanto le rodea como predecible y congruente, siendo determinante en su personalidad.

Otros autores que se inscriben dentro de la tendencia denominada del aprendizaje social consideran que los niños adquieren los patrones de personalidad mediante la imitación activa de las actitudes y conductas de los padres, aún cuando los padres no intenten, de forma voluntaria, enseñar este tipo de conductas a los niños (Bandura, 1967, Citado en: Nuria y Solé, 1993)

Los progresos en el conocimiento de la realidad exterior están estrechamente vinculados con los avances que el niño realiza en su diferenciación de sí mismo respecto al mundo social que le rodea y en la construcción de su propia identidad (Nuria y Solé, 1993)

Es sin duda, la etapa de 3 a 6 años, la más significativa en la construcción de la personalidad del niño. Wallon (1956; Citado en Nuria y Solé, 1993), la definió como la del personalismo. En esta etapa el niño necesita inicialmente diferenciarse de los demás de forma, a veces radical, mediante la oposición. Pasa seguidamente a una fase de consolidación de su autonomía, en la que desea realizarlo todo por sí mismo, y finalmente, a partir de procesos complejos imitativos, realiza identificaciones y adopta características de los papeles que tienen un mayor impacto para él.

La construcción de la propia identidad marca pues, el desarrollo del niño en este período. Sin duda, el descubrimiento del propio núcleo de identidad personal trasciende todas las cualidades que normalmente caracterizan a la personalidad.

Por su estrecho vínculo con propiedades de la actividad nerviosa superior, las manifestaciones temperamentales se expresan desde muy temprano en el niño, y preceden la aparición de la personalidad (González, 1985).

Desde el nacimiento el niño se desarrolla sobre la base de diferentes necesidades y emociones, como la sed, el hambre, el miedo, la sensación de satisfacción, fuentes de las que se manifiestan determinadas señales, las cuales actúan como excitantes internos y externo (González, 1985).

Esta expresión temprana del temperamento, se convierte en una fuerza que influye en la forma de relación y valoración que establecen hacia el niño las personas que lo rodean, lo cual es muy importante en el desarrollo de su personalidad (González, 1985).

Por tanto, se puede afirmar que el temperamento es uno de los elementos que interviene en la manifestación de los primeros contactos sociales del niño, condicionando en buena

medida sus relaciones sociales más tempranas, en las cuales comienzan a aparecer regularidades psicológicas estables que participan en el desarrollo de la personalidad (González, 1985)

Bronfenbrenner (1979), nos dice que una relación se obtiene si y sólo si una persona en un contexto presta atención y/o participa en las actividades de otro.

La presencia de una relación en ambas direcciones establece la condición mínima y definitoria para la existencia de una diada; una diada está formada siempre y cuando dos personas presten atención y participen una en las actividades de la otra. La diada es importante para el desarrollo en dos sentidos: Primero, constituye un contexto crítico para el desarrollo por sí misma. Segundo, sirve como una construcción básica del microsistema, haciendo posible la formación de amplias estructuras interpersonales-(triadas, tetradas, y así sucesivamente). En términos de su potencial para el futuro desarrollo psicológico, existen tres formas funcionales que una diada puede tomar (Bronfenbrenner, 1979):

1. Una diada observacional: ocurre cuando un miembro presta atención estrecha y sostenida a la actividad del otro, quien en su momento por lo menos reconoce el interés que le han mostrado.
2. Una diada de actividad conjunta: ésta presenta especialmente condiciones favorables no únicamente para el aprendizaje en el curso de la actividad común, sino también para incrementar la motivación, para proseguir y perfeccionar la actividad cuando los dos participantes dejan de estar juntos. En esta diada se presentan las siguientes características:

A) Reciprocidad. en cualquier relación diádica, y especialmente en el curso de la actividad conjunta, un miembro tiene que coordinar sus actividades con las del otro. Para el pequeño, la necesidad de dicha coordinación no únicamente favorece la adquisición de habilidades interactivas, sino también estimula la evolución de un concepto de interdependencia, una etapa importante en el desarrollo cognitivo.

B) Balance del poder: esta dimensión diádica es importante para el desarrollo. Para un niño pequeño, la participación en una interacción diádica provee la oportunidad para aprender tanto a conceptualizar como para hacer frente a relaciones diferenciales de poder. Dicho aprendizaje contribuye simultáneamente al desarrollo social y cognitivo, puesto que las relaciones de poder caracterizan a los fenómenos físicos y sociales con los que entra en contacto la persona en desarrollo en una variedad de ambientes ecológicos a lo largo de su vida.

C) Relación afectiva: conforme los participantes se implican en la interacción diádica, probablemente tiendan a desarrollar sentimientos más fuertes uno hacia el otro, facilitando así la formación de un tercer tipo de sistema de interacción entre personas: una diada primaria.

3. Una diada primaria: es la que continúa existiendo fenomenológicamente para ambos participantes aunque no estén juntos.

Se considera que tales diadas son las que ejercen una fuerza poderosa en la motivación del aprendizaje, y gobiernan el curso del desarrollo tanto en presencia como en ausencia de la otra persona. Entonces, es más probable que un niño adquiera habilidades, conocimientos y valores de una persona con la cual ha establecido una "diada primaria" que una con la que ha establecido otro tipo de diada.

Las tres formas diádicas, no son mutuamente exclusivas; dichas estructuras combinadas tienen mucho más poder e impacto sobre el desarrollo que las diadas que se presentan solas.

Por su parte Bozhóvich (1987), nos dice que actualmente se puede considerar establecido que en el proceso de desarrollo ontogenético surgen, en la psiquis del niño, formaciones cualitativamente nuevas, no reducibles a las funciones psíquicas elementales.

A continuación se exponen una serie de planteamientos importantes del citado autor.

Las investigaciones realizadas hasta ahora en la psicología soviética (L. Vigotsky y sus colaboradores), pusieron al descubierto que cada función psíquica elemental (la percepción, la memoria, el pensamiento y otras), tiene su lógica de desarrollo, transformándose por integración en funciones psíquicas superiores (FPS): la memoria lógica, la percepción categorial, el pensamiento verbal, etc. (Bozhóvich, 1987).

Es así como Vigotsky (1956; Citado en: Bozhóvich, 1987), analizó la conciencia del niño como un sistema psicológico complejo que tiene un carácter bastante estable, pero que se desarrolla durante toda la vida. Sin embargo, en el proceso del desarrollo ontogenético otras funciones psíquicas sustituyen paulatinamente a la percepción dominante en esa edad primero la memoria, luego el pensamiento. Se trata de aquéllas funciones psicológicas que, respondiendo a las tareas del desarrollo del niño como totalidad biosocial, se encuentra, en la edad correspondiente, en el período óptimo de su formación.

Así pues, existen fundamentos para considerar que la formación de la personalidad no puede caracterizarse por el desarrollo independiente de cualquiera de sus aspectos: racional, voluntario o emocional. La personalidad es realmente un sistema integrativo superior, una cierta totalidad indisoluble. Se puede pensar que existen ciertas neoformaciones, surgidas consecutivamente, que caracterizan las etapas en la línea central de su desarrollo ontogenético (Bozhóvich, 1987).

En la psicología infantil se mencionan con mayor frecuencia tres períodos críticos: la crisis de los 3, de los 7 y de los 12-16 años; la última se designa, con frecuencia como crisis de la edad adolescente (Bozhóvich, 1987).

Como es sabido, se entiende por crisis los períodos de transición de una etapa del desarrollo infantil a otra. Las crisis surgen en el límite entre dos edades y señalan la culminación de la etapa precedente del desarrollo y el comienzo de la siguiente (Bozhóvich, 1987).

Según vigotsky, en la conciencia del bebé están representados, en el primer lugar, los componentes emocionales ligados con las influencias percibidas en forma directa (Bozhóvich, 1987)

Sin embargo, en el curso del primer año de vida la conciencia del bebé se desarrolla en ella se diferencian algunas funciones psíquicas, aparecen las primeras generalizaciones sensoriales, el niño comienza a utilizar elementos de palabras para designar los objetos. En el primer año de vida no existe una actitud indiferente hacia los objetos circundantes. Los niños perciben solo los que tienen sentido para ellos, los que responden a sus necesidades (Bozhóvich, 1987)

Al comienzo del segundo año de vida llega el momento en que el pequeño deja de subordinarse dócilmente al adulto y éste ya no puede guiar su comportamiento con ayuda de la organización de influencias externas (Bozhóvich, 1987).

Desde el segundo año de vida comienza un nuevo período en la formación de la personalidad, que se prolonga hasta los tres años. En este período la actividad cognoscitiva del niño se dirige no solo hacia el mundo externo, sino también hacia sí mismo. El proceso de autoconocimiento, comienza con el conocimiento de sí mismo como sujeto de la acción. Se puede observar con frecuencia como el niño de esta edad repite muchas veces un mismo movimiento, siguiendo con atención y controlando los cambios que dicho movimiento (más exactamente, que él con ayuda del movimiento) produce. Por ejemplo, abre y cierra la puerta, desplaza objetos, los empuja para que caigan, etc., precisamente esto ayuda al niño a sentirse algo distinto, diferente de los objetos circundantes y, de esta forma, lo ayuda a separarse como un objeto peculiar (sujeto de la acción) (Bozhóvich, 1987).

En los periodos del desarrollo temprano (hasta los 6-7 años) los niños no se dan cuenta del lugar que ocupan en la vida y no aspiran conscientemente a cambiarlo. Si en ellos surgen nuevas posibilidades, que no se pueden realizar en los marcos de la forma debida

que llevan, experimentan insatisfacción, la que provoca una protesta y resistencia inconsciente expresada ya en la crisis del año y de los tres años de vida (Bozhóvich, 1987)

En los niños de 6-7 años de edad y en relación con su avance en el desarrollo psíquico general aparece la aspiración claramente expresada, a ocupar una posición nueva, más "adulta". Pero la esencia psicológica de estas aspiraciones sigue siendo la misma: los preescolares de mayor edad comienzan a esforzarse para lograr una nueva posición en el sistema de relaciones sociales que le son accesibles y por realizar una actividad nueva, socialmente significativa (Bozhóvich, 1987).

Voviendo a la crisis de los siete años, tiene lugar, por primera vez, la discrepancia (de la que el propio niño toma conciencia) entre su situación social objetiva y su posición interna; y si el pasaje a una nueva posición no ocurre oportunamente, en los pequeños surge aquella insatisfacción que determina el comportamiento en el correspondiente período crítico (Bozhóvich, 1987).

Así pues, la posición interna del escolar con su correspondiente contenido es la neoformación personal central que ha sido preparada a lo largo de toda la edad preescolar y que culmina en una nueva etapa en la formación de la personalidad del niño (Bozhóvich, 1987).

Ahora bien, existen dos líneas fundamentales para la formación de la personalidad del preescolar, y de su desarrollo psíquico: la línea de su desarrollo moral y el desarrollo de su esfera cognoscitiva, que lleva a la formación de una concepción del mundo específicamente infantil (Bozhóvich, 1987).

La formación moral del preescolar está estrechamente ligada con el cambio del carácter de sus interrelaciones con los adultos y con el nacimiento, sobre esta base de ideas y sentimientos morales, que vigotsky llamó instancias éticas internas (Bozhóvich, 1987).

Elkonin (1960; Citado en: Bozhóvich, 1987), relaciona el surgimiento de las instancias éticas con el cambio de las interrelaciones entre los adultos y los niños. Escribe que en los niños de edad preescolar, a diferencia de lo que ocurre en la primera infancia, se forman relaciones de nuevo tipo, lo que crea una situación social especial, característica para el período dado de desarrollo

En la vida cotidiana los adultos presentan a los niños determinadas exigencias: de escrupulosidad, organización, compasión, bondad, etc. Los niños reciben aprobación por el hecho de cumplir las normas requeridas; si las alteran, son reprendidos, e incluso, castigados. En esta edad la aprobación de los adultos, en especial de los padres, significa tanto para los niños que ellos se esfuerzan mucho para merecerla con su comportamiento (Bozhóvich, 1987).

De esta forma, en los preescolares, en la práctica de su vida cotidiana, surgen los hábitos requeridos y cierto significado generalizado de muchas normas éticas que los orientan en aquello que es "bueno" y aquello que es "malo". Sin embargo, el juego cumple, en la formación moral del niño, una función especial, muy importante (Bozhóvich, 1987).

Representando el rol que ha asumido el niño, éste distingue por sí mismo aquellas normas y reglas que son aceptadas en el medio social que lo rodea y las hace normas de su comportamiento de juego. El juego favorece la identificación, para la conciencia del niño, de las normas éticas de conducta socialmente aceptadas y su comprensión. Hablando figurativamente, el juego constituye algo así como aquel "mecanismo" que "traduce" las experiencias del medio social en necesidades del niño (Bozhóvich, 1987).

Leóntiev (1983; Citado en: Bozhóvich, 1987), planteó que la edad preescolar es el período, durante el cual por primera vez, surge el sistema de motivos subordinados, que crean la unidad de la personalidad, y por eso debe ser considerado como él se expresa, "el período de constitución fáctica inicial de la personalidad". El sistema de motivos

subordinados, según la opinión de Leóntiev, comienza a guiar el comportamiento del niño y a determinar todo su desarrollo

Así, pues, el surgimiento en el niño, a finales de la edad preescolar, de una estructura jerárquica relativamente estable de motivos lo convierte de un ser situacional, subordinado a los estímulos e impulsos instantáneos que actúan sobre él en forma inmediata, en un ser que posee una determinada unidad y organización interna, capaz de guiarse por aspiraciones y deseos estables, ligados con la asimilación de las normas sociales de vida. Esto es lo que caracteriza el nuevo escalón en la formación de la personalidad del niño, peldaño que permitió a Leóntiev hablar de la edad preescolar como el periodo "de constitución fáctica inicial de la personalidad" (Leóntiev, 1983; Citado en: Bozhóvich, 1987).

Tal es el contenido de la posición interna que surge en el niño en el umbral de la edad escolar y que determina las particularidades de su desarrollo en el periodo escolar inicial.

A lo largo de esta edad la posición señalada se debilita y luego cambia su contenido, lo que ocurre en relación con la formación de un nuevo nivel de autoconciencia, característico del periodo crítico en la edad adolescente. Pero esto es ya otra cuestión.

1.3. FACTORES QUE INFLUYEN EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.

Numerosos factores integran y condicionan nuestras personalidades. Algunos de estos son profundos y permanentes, mientras otros son transitorios y efímeros.

Los psicólogos han enumerado diversos factores que, a su juicio, desempeñan un papel importante en el modelo de la personalidad. De entre estos podemos elegir, por su especial significación, la experiencia, y el estado físico, la inteligencia, el temperamento y la adaptabilidad social.

Prescindiendo de la teoría propuesta para explicar la personalidad; se ha visto que en su desarrollo influyen dos factores generales: las experiencias de la persona dentro de su ambiente y la base hereditaria de la persona (Wittig, 1993).

Las experiencias con el ambiente que rodea a la persona, pueden tener efectos considerables en el desarrollo de las características de la personalidad. Estas experiencias pueden ser únicas para una persona o comunes para mucha gente (Wittig, 1993).

Las primeras influencias del medio ambiente, tanto aquellas que son uniformemente características para la cultura en que el niño crece, como las influencias específicas que varían de una familia a otra, (según la personalidad de los padres), actúan a través del medio familiar. Al seguir paso a paso el desarrollo de un niño tal como se produce en la actualidad, se encuentra que los factores decisivos son las relaciones emotivas entre el niño y otros miembros de la familia (Franz, 1980).

En años posteriores el niño está expuesto al medio cultural extrafamiliar. Cabe poca duda de que esas influencias posteriores, tan lejanas a la estructuración básica de la personalidad son menos profundas que las primeras influencias recibidas por el niño en contactos con sus padres y hermanos. Se sabe que estos rasgos más superficiales de carácter

son cambiables, ya que fácilmente se observa cómo adolescentes, y a menudo personas maduras, se ajustan por sí mismas a un nuevo ambiente cultural y asumen muchos rasgos característicos de su nuevo habitat (Franz, op.cit.).

Varios investigadores han estudiado los determinantes genéticos y ambientales de la personalidad. Han demostrado que los rasgos y los tipos de personalidad resultan de una predisposición heredada y un medio apropiado; la herencia y el ambiente, ambos, son necesarios, y ninguno por sí mismo, es totalmente suficiente (Cohen, 1980).

La interacción entre el niño y el ambiente es recíproca, continua e interdependiente. De este modo, no se puede analizar un niño sin hacer mención de un ambiente; como tampoco es posible analizar un ambiente sin hacer mención de un niño. Ambos forman una unidad indivisible consistente en un conjunto interrelacionado de variables, o campo interactivo (Bijou y Baer, 1985).

El ambiente se define de manera funcional como eventos que actúan en relación con el niño. Algunos de estos eventos son clases de estímulos específicos, otros son clases de eventos disposicionales. La interacción recíproca entre la conducta del individuo y el ambiente principia durante la concepción y termina con la muerte. El cambio progresivo en las interacciones de los niños con el ambiente en su desarrollo psicológico y depende de las circunstancias específicas dentro del ambiente, presentes y pasadas (Bijou y Baer, 1985).

Por otro lado, el patrón genético particular establecido en el momento de la concepción influye en las características de personalidad que una persona desarrollará posteriormente. En forma muy obvia, las lesiones cerebrales heredadas o defectos de nacimiento pueden tener una pronunciada influencia en el comportamiento. Además, otros factores orgánicos como altura, peso, coloración de la piel, funcionamiento de órganos sensoriales y todas estas cosas, pueden afectar el desarrollo de la personalidad (Wittig, 1993).

Numerosos atributos de la personalidad resultan de los efectos combinados de herencia y ambiente. Los psicólogos han intentado determinar el efecto relativo de herencia y ambiente en el desarrollo de la personalidad. En general, parece que la relación estrecha de dos personas hace más probable que sus características de personalidad sean las mismas. Sin embargo, esta tendencia es afectada por circunstancias ambientales. De esta manera, gemelos idénticos creados juntos, probablemente posean más patrones semejantes de conducta que los gemelos idénticos creados separadamente, aunque estos últimos tendrán más comportamientos parecidos que aquellos hermanos que no son gemelos (Wittig, 1993).

Dentro de los factores biológicos de la personalidad suele distinguirse entre los aspectos morfológicos (es decir estáticos) y los fisiológicos (dinámicos). Entre las características biológicas que más importancia pueden tener como determinantes en el desarrollo de la personalidad es el sexo y la edad (Mustieles, 1980).

Además de la edad y el sexo, existen muchos otros factores biológicos que juegan un papel esencial en la evolución y formación de la personalidad. Así, la importancia de la constitución física (la morfología del individuo) es innegable. El atractivo físico, el estado general de la salud y la existencia o no de defectos físicos de cualquier tipo pueden ser también factores a tener en cuenta (Mustieles, 1980).

El funcionamiento de las glándulas endocrinas está controlado por el sistema nervioso, y tiene un papel muy importante en la determinación de la personalidad. Una actividad excesiva o insuficiente de la glándula tiroides, por ejemplo, se reflejará en una mayor excitabilidad o apatía del sujeto, respectivamente, y algo similar ocurre con las demás glándulas (Mustieles, 1980).

Es un hecho bien conocido que la presencia de determinadas drogas en el organismo modifica la personalidad del sujeto, ya sea transitoriamente o permanentemente. Del mismo modo, determinadas enfermedades y procesos infecciosos provocan alteraciones de la personalidad, a veces irreversibles (Mustieles, 1980).

Las lesiones cerebrales o del sistema nervioso, por enfermedad o accidente, pueden originar también importantes cambios en la personalidad (Mustieles, 1980).

Es así como una persona resultará tímida o excedida, cautelosa o emprendedora, sumisa, dependiente o independiente, generosa o tacaña, ordenada o negligente. Todos estos aspectos de la personalidad que dan a una persona individualidad definida, (diferentes de otros), dependen de la influencia del medio ambiente, personal íntimo sobre el sustrato hereditario (Mustieles, 1980).

Por otra parte, las aportaciones de los autores señalan la importancia de los factores culturales en la integración de la personalidad.

Es así como la antropología cultural ha comparado las características de distintas civilizaciones. Estas características componen lo que se denomina matriz socio-cultural, responsable en alto grado del comportamiento y personalidad de los sujetos (Meneses, 1982).

Para ilustrar estos condicionamientos culturales, nos referimos a los estudios realizados por Margaret Mead (1975; Citado en: Meneses, 1982), en distintas tribus de Nueva Guinea. Por una parte, en la tribu Arapeshtanto hombres como mujeres muestran una serie de características de personalidad que nosotros tendemos a considerar como propias de las mujeres: ambos sexos son afables, no agresivos, no competitivos y cooperadores. Entre los Tchambuli, en cambio, se da una inversión de los valores sexuales propios de nuestra cultura: las mujeres son activas, dominantes, prácticas, mientras que los hombres son tímidos, sensibles y delicados, y se dedican preferentemente a actividades no utilitarias. Finalmente, los Mudugumur son extraordinariamente agresivos, tanto hombres como mujeres, y tratan a sus hijos con rudeza, e incluso crueldad.

Es así, como los ejemplos citados bastan para demostrar hasta qué punto algunas características que suelen considerarse exclusivamente biológicas llegan a depender del entorno social.

Por su parte, Horney y Cols. (Citado en: Bustamante, 1963), han ofrecido una serie de aportaciones que vienen a constituir en gran proporción la argumentación que ha dado validez al concepto de que la cultura es factor de importancia marcada en la integración de la personalidad.

Otro autor, Linton (1988), habla de una "personalidad de status". Conviene aclarar que status es la posición que ocupa una persona en la sociedad.

Linton (Idem.). considera que la cultura influye en un individuo dándole características de personalidad similares, teniendo en cuenta la clase social a la que pertenece: alta, media o baja, el sexo, la edad, las condiciones políticas y económicas de su época, etc.

De la observación de las posturas estudiadas se puede ver, que el concepto de personalidad se da, siempre, en función de una cultura.

Por otro lado, Berryman (1994), considera que la personalidad es el producto final de la interacción entre todo lo que el individuo ha heredado y las influencias ambientales que le han dejado huella.

CAPITULO II.

FAMILIA.

El término "familia" tiene múltiples sentidos. Están por un lado definiciones técnicas, normalizadas para lograr una medición exacta de los fenómenos. Existen, por otra parte, las definiciones de "sentido común" que corresponden a una norma de carácter cultural; obviamente, en la India y Nueva York el término "familia" no significa lo mismo para las personas.

A su juicio, Winninger (1968), manifiesta que a través de los tiempos y lugares, en las condiciones más diversas, siempre y en todas partes, la familia aparece como una institución natural, como la unidad social básica, como el hogar del amor que humaniza la sociedad y socializa a cada persona.

Por tal motivo, en este capítulo abarcaremos la importancia de la familia, como portadora de una estructura del individuo, para después poder considerar la influencia familiar en el desarrollo de la personalidad en otro apartado.

2.1. DEFINICION DE FAMILIA.

Para poder dar una definición de familia se considera que es necesario abarcar las bases teóricas de la familia, así como los roles familiares y todo aquello que aporta a sus miembros (como es la influencia en el desarrollo psicológico de los hijos)

De cierta manera, en el capítulo siguiente, se retoma a la familia, ya sea para dar una explicación de porqué es así el niño, joven o adulto; o porqué se comporta de tal forma o porqué su manera de pensar es confusa o está bien definida. Por lo cual, es de gran necesidad el señalar la definición sobre ésta institución.

Por sus características como institución humana, que evoluciona y es flexible según la época histórica, y la cultura a la que se refiere; la familia ha sido definida y estudiada por diferentes disciplinas como la psicología, la antropología, la sociología, la biología, entre otras, y cada una de ellas se enfoca a la función que la familia desempeña en el desarrollo del individuo

Desde el punto de vista que la miremos , ya sea social, antropológico o psicológico, la familia es parte fundamental del estudio del hombre. De aquí la importancia de poder dar una definición de ésta.

Para Kardiner (1968), la familia en nuestra cultura está sujeta a una pauta patriarcal de monogamia legal. Constituyendo la unidad básica, considerando al padre, la madre y los hijos

Para Ackerman (1988, pág. 12), ~~“familia es el nombre de una institución tan antigua~~ como la misma especie humana. Es una unidad paradójica y evasiva” .

Según el Diccionario de Trabajo Social, (1974). La familia en sentido estricto, es un grupo que tiene su fundamento en la pareja conyugal y su realización plena en la filiación derivada del mismo. En su acepción amplia, consiste en un conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales, y afines con un tronco común. Analógicamente, se dice que la familia constituye un conjunto de individuos que tienen alguna condición común.

Es así, como a la familia la consideramos como aquella institución que aporta toda una serie de fenómenos sociales, psicológicos, económicos, afectivos, cognitivos, culturales etc ; fenómenos que ayudan al individuo a estructurarse como tal. Por este motivo, creemos que la importancia, para este trabajo, es abarcar las bases teóricas de la familia y sus roles familiares, ya que permitirán delimitar la influencia de la familia en el desarrollo del hombre.

2.2. BASES TEORICAS ACERCA DE LA FAMILIA.

Todas las sociedades reconocen la existencia de ciertas unidades cooperativas compactas organizadas internamente, siendo éstas intermedias entre el individuo y la sociedad a la que pertenece. Teóricamente, toda persona está integrada a una u otra de estas unidades por razón de las relaciones biológicas establecidas por la unión sexual o la ascendencia común. De hecho, tal asignación puede apoyarse también sobre la base de substitutos reconocidos como son la paternidad supuesta y la adopción.

El hecho de pertenecer a una de estas unidades implica para el individuo una serie de actitudes bastante bien definidas y un conjunto de derechos y deberes específicos con respecto a otros miembros; la unidad ha de ser el foco principal de lealtad e interés para quienes a ella pertenecen, además de estar unidos por el deber de cooperar y de ayudarse mutuamente colocándo los intereses de los otros miembros por encima de los extraños.

Idealmente los miembros de una familia están unidos tanto por lazos de afecto como por lazos de interés común y las disputas entre ellos se consideran más reprobables que las desavenencias entre miembros de distintas familias y extraños.

Ackerman (1988), nos dice que la familia es la unidad básica de desarrollo y experiencia, de realización y progreso.

Para Chinoy (1980), la familia es considerada la unidad social básica; el mismo autor señala que alguna forma de familia se encuentra virtualmente en todas las sociedades humanas, aunque su posición en el sistema de parentesco mayor varía grandemente, desde un lugar central y dominante, como la clase media americana, hasta una importancia mínima entre grupos primitivos. Muchas explicaciones se han sugerido para la aparente universalidad de la familia. Sin embargo, La explicación para la presencia casi universal de la familia debe hallarse en la naturaleza de la sociedad misma.

A pesar de que haya una variedad tan grande de tipos familiares, todos estos tienen una especie de notas comunes, las cuales hacen posible hablar de la familia en términos generales.

Tratando de dar una definición general de la familia que abarque todas sus formas, Mac Iver (1950; Citado en: Recasens, 1993, pág. 470), dice que "la familia es un grupo, definido por una relación sexual suficientemente precisa y duradera, para proveer a la procreación y crianza de los hijos". Puede incluir o no parientes colaterales, descendencia de segundo y ulterior grado, o miembros adoptados; pero, especialmente la familia está constituida por la vida conjunta de los esposos con su prole., formando una unidad colectiva definida

Toennies (1942; Citado en: Recasens, 1993), define a la familia como la relación de hombre y mujer para procrear hijos de común voluntad; voluntad, tanto del hombre como de la mujer, de reconocerlos como suyos y de cuidarlos, pero voluntad también, cuando no se logra ningún hijo, de vivir juntos, de protegerse mutuamente y de gozar los bienes comunes.

La familia tiene en todas, o por lo menos en la mayor parte de sus formas, las siguientes características:

- 1) Una relación sexual continuada; 2) Una forma de matrimonio, o institución equivalente, de acuerdo con la cual se establece y se mantiene la relación sexual; 3) Deberes y derechos entre los esposos y entre los padres y los hijos; 4) Un sistema de nomenclatura que comprende modo de identificar a la prole; 5) Disposiciones económicas entre los esposos y con especial referencia a las necesidades relativas a la manutención y educación de los hijos; y 6) Generalmente un hogar, aunque no es indispensable que éste sea exclusivo (Recasens, 1993).

La familia es la institución social más universal. En una u otra forma existe en todas las sociedades, lugares y épocas en el desenvolvimiento de la humanidad.

Considerable importancia sociológica tiene el hecho de que es muy frecuente la consagración religiosa del matrimonio como comunidad de vida permanente y exclusiva. La participación religiosa alcanza su cima cuando el matrimonio se eleva a la categoría de "sacramento". Así se eleva la familia a un rango de institución sagrada en que se cumplen fines de alto valor, y se dota de más permanencia (Recasens, 1993).

En suma, como dice Renard (1930; Citado en; Recasens, 1993), la familia es una institución, la primera de las instituciones y el matrimonio es el acto de su fundición por medio de un contrato, si bien se trate de un contrato que, celebrado libremente, está regido por normas que no son elaboradas por los contrayentes, sino que son impuestas por la ley, y que tiene además la particularidad de producir múltiples efectos respecto de terceros, sobre todo respecto de los hijos por venir, también respecto de los herederos presuntos de los contrayentes antes de contraer el matrimonio, de los acreedores, etc. Se trata ciertamente de un contrato libre, pero que, por dar lugar al nacimiento de la institución familiar está regido por normas inspiradas en los fines de esta institución.

La familia es un sistema sociocultural abierto en continua transformación que opera a través de patrones transaccionales. Sigue un proceso de desarrollo que requiere reestructuración y se adapta a los cambios para mantener una continuidad y favorece el desarrollo psicosocial de sus miembros (Nodarse, 1992; y Bronfenbrenner, 1979).

Los patrones transaccionales que regula el comportamiento de la familia son mantenidos por dos sistemas de coacción. Uno genérico, que implica leyes universales que rigen la organización familiar (niveles de autoridad). El segundo, es idiosincrásico e implica expectativas y acomodación mutuas entre los miembros de la familia, ya que ésta es considerada como una unidad social en continuo desarrollo y transformación pero que comparte raíces universales. Este proceso de desarrollo es estudiado en sus diferentes etapas:

1. Acomodación mutua de los cónyuges a través de transacciones o patrones de comportamiento que regulan las situaciones familiares.
2. Establecimiento de nuevos patrones de comportamiento para relacionarse con las familias de origen (éstas constituyen a su vez un subsistema). Las familias de origen deben aceptar y apoyar este acomodamiento.
3. El medio extrafamiliar (trabajo, deberes, amistades y placeres), debe ser reorganizado y acomodado a la nueva situación.
4. El nacimiento de los hijos implica una nueva reorganización determinada por la creación de este nuevo subsistema con diferentes funciones, en donde se deben delimitar claramente las diferentes áreas que integran el sistema familiar (matrimonio, hijos, abuelos, tías, etc.).
5. Los hijos se convierten en adolescentes y en adultos, y nuevos miembros entran a formar parte del sistema familiar. En cada uno de estos periodos la familia requiere un nuevo acomodamiento y reestructuración.

Minuchin (1974; Citado en: Newman y Newman, 1991), plantea que la familia debe enfrentar el desafío que implican los cambios externos, manteniendo continuidad, dando apoyo y estimulando el crecimiento individual de cada uno de sus miembros en el proceso de adaptación a una sociedad de transición.

Super (1971), nos dice: La familia representa una entidad social, psicológica y económica. Social porque está constituida por diversas personas que funcionan como una unidad. Psicológica, porque sus miembros tienen necesidades, actitudes y sentimientos que no sólo son importantes para sí mismos, sino también para el funcionamiento de la familia, como entidad. Y económica porque ofrece ciertos servicios, fabrica o produce ciertos bienes y porque los distribuye dentro o fuera de la unidad familiar.

En este sentido, la familia debe ser vista como parte de un todo mayor: el sistema de parentesco (estructura de roles y relaciones, basados en lazos de sangre y matrimonio) que ligan a hombres y niños en un conjunto organizado (Nodarse, 1992).

El involucramiento en la vida familiar, la intensidad de las emociones que genera, las satisfacciones sexuales y de otro tipo que provee, y sus funciones con respecto al cuidado de los niños, proporciona amplia evidencia de su importancia como grupo social fundamental (Nodarse, 1992).

Por lo general, la familia comparte una misma residencia y sus miembros satisfacen en conjunto sus necesidades económicas. Las funciones principales de la familia son: La reproducción, la manutención, la ubicación social y la socialización de los jóvenes (Nodarse, 1992).

Según Chinoy (1980), desde el punto de vista institucional, la familia es identificada a menudo como el conjunto de instituciones que definen la estructura del grupo y conducta esperada de sus miembros. El autor distingue tres tipos de familia:

- a) Nuclear o elemental: Consiste en el esposo (padre), esposa (madre), e hijos.
- b) Extensa: Formada por más de una unidad nuclear y extendida por más de dos generaciones.
- c) Compuesta: Basada en el matrimonio polígamo.

De los tres tipos mencionados anteriormente, la familia nuclear es la predominante en casi todo el mundo.

El término familia nuclear o elemental, simple, o básica suele utilizarse para designar un grupo formado por un hombre, una mujer y sus hijos socialmente reconocidos.

La familia nuclear es un grupo social humano universal. Sea como la única forma de familia, sea como unidad básica, integrante de formas familiares más complejas, la familia nuclear existe en todas las sociedades conocidas como grupo diferenciado y de marcado carácter funcional.

Parson y Bales (1955; Citado en: Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, 1977), ha afirmado que la familia nuclear presenta ciertas características que parecen ser necesarias para la socialización de los niños y para la estabilidad de la persona adulta.

De acuerdo al análisis de Sprott (1964; Citado en: Recasens, 1993), podemos considerar tres aspectos de la estructura de la familia: los lazos de parentesco que revisten afectividad, la relación entre los miembros de la familia y las normas prevalecientes de disciplina.

a) Lazos de parentesco: En la mayoría de las comunidades primitivas, la familia nuclear se ve casi totalmente absorbida en una red mayor de relaciones de parentesco, como sería por ejemplo: El clan de la tribu. Los roles de los individuos están determinados en virtud de alguna relación consanguínea entre ellos. Las oportunidades vitales de los niños están condicionadas por su posición en el sistema de parentesco. En las sociedades modernas de mayor complejidad, la familia ha quedado reducida casi exclusivamente a sus elementos nucleares, manteniendo relaciones muy tenues con el esquema de parentesco al que se pertenece por relación de sangre.

b). Relaciones entre los miembros de la familia: Este punto se refiere a que las relaciones familiares no presentan un carácter uniforme en todas las sociedades ni tampoco dentro de una misma sociedad.

Así por ejemplo, en ciertas actividades, el marido puede decidir y la mujer actuar, o viceversa, o ambos pueden desempeñar actividades, o cada uno puede decidir sus propias acciones independientemente de su cónyuge.

c) Normas de disciplina. Las normas de disciplina presentan variaciones culturales y sociales, las normas aceptadas son transmitidas de padres a hijos, esto implica algún tipo de autoridad de la figura paterna hacia su descendencia.

Como nos damos cuenta, el niño aprende un modo de experimentar al mundo y de experimentarse a sí mismo en relación con éste; así como el hecho de que la familia modifica, en la práctica, su orientación general considerando las cualidades individuales del niño, de su sexo, de su carácter de primogénito.

por lo general las personas tienen hijos por diversas razones, una de ellas, por ejemplo es el placer de la paternidad, como el de compartir los triunfos y tribulaciones de la familia, con una persona creada por ellos para poderla amar y proteger.

Sprott (1964; Citado en: Recasens, 1993), nos dice que la vida familiar puede ser dividida en una diversidad de actividades, por ejemplo: En el caso de la mujer, los deberes de la atención de la casa, de los hijos, de las actividades sociales y de las actividades económicas etc.. Desde este punto de vista podemos trazar las esferas de participación de la mujer, el marido y los hijos.

Super (1962) , señala que la familia proporciona al niño y al adolescente, ocasión de identificar o rechazar los diversos modelos de papeles interpretados por los adultos; por otra parte, crea y fomenta necesidades conforme a su sistema de valores, suministra experiencia en diversas actividades y probabilidades de adquirir información y pericia para determinadas ocupaciones. Así, la familia ejerce presiones más o menos sutiles sobre el niño o adolescente que influyen sobre su elección de acuerdo a los recursos que posea.

La relación de los adolescentes con sus padres respecto a la ocupación que desean elegir está directamente enlazada a la ausencia o presencia de independencia que la familia le

permitió al adolescente. Así, también influye en el desarrollo intelectual respecto a la elección de su ocupación del adolescente.

La inteligencia de un individuo está relacionada con el nivel o categoría ocupacional al que éste aspira; así, cuanto más brillante es un individuo, más altas tiene puestas sus miras, y viceversa.

En la elección ocupacional influye el status socio-económico de la familia; Así, a mayor nivel de status, mayores oportunidades de progresar, debido a las relaciones y a la mayor información general.

Es así, como constituye la familia uno de los máximos ejemplos de comunidad total o suprafuncional, con sociabilidad pasiva (participación en un patrimonio de creencias, valoraciones, ideas, sentimientos, formas prácticas de conducta) y con sociabilidad activa, (procesos de cooperación deliberada, en vista a la realización de fines).

La familia como institución es universal y permanente; pero cada familia en particular tiene una duración limitada, que no va más allá de la vida de sus miembros originarios (esposos y sus hijos). Cuando se habla de una familia a lo largo de siglos, en realidad se refiere a una sucesión de familias que llevan el mismo nombre y que están en relación de descendencia unas de otras.

2.3. ROLES FAMILIARES.

La imagen de la familia ideal, y de cuáles deben ser los roles parentales modelos, presenta variaciones en términos de tiempo y espacio, sin embargo, algunos elementos basados en diferencias biológicas y relaciones complementarias entre los sexos permanecen constantes. Es así, como la madre protege al hijo y asegura su supervivencia; y el padre ejerce su protección sobre ambos y los provee de lo necesario para su manutención.

Klineberg (1986), señala que el primer ambiente social del niño lo forma su familia. En las primeras etapas del desarrollo infantil, el rol de la madre tiene una preponderancia fundamental. Su estrecha ligazón con el hijo se da, aún durante el período de embarazo y luego a través de la lactancia, en los cuidados, y en la protección que le brinda al bebé. La importancia del rol paterno aumenta a medida de que el niño crece y se socializa; es decir, va adquiriendo valores sociales y patrones interactivos para poderse desenvolver con el mundo que lo circunda; en este sentido, la paternidad tiene un carácter más específicamente social, en tanto que la relación madre-hijo tiende a ser más biológica.

Por su parte, Gesell (1978), nos dice que a todo niño, en todas las fases de su desarrollo, se le inculca más o menos conscientemente un determinado conjunto de roles sociales. Dentro de una sociedad y de una subcultura dadas, cada familia tiene una historia, una tradición y unos valores propios, e imparte un adoctrinamiento particular a través del modo como satisface las necesidades o deja de hacerlo, de la atmósfera afectiva predominante, de los juegos que practica, de las experiencias que le ofrece al niño y de aquéllas contra las que lo protege, de lo que no conoce, y de las emociones que asocia a a las cosas con las que el niño entra en contacto.

La familia es de gran importancia en la elección de una ocupación y a veces tiene preestablecidas las ocupaciones que sus miembros jóvenes deben hacer.

Los hábitos de trabajo, y las distracciones habituales de la familia son importantes. El niño o adolescente que ha visto a su padre dedicar muchas horas al estudio, a la lectura provechosa, y a escribir, puede enriquecer su desarrollo intelectual en mayor grado que aquel que jamás ha visto a sus padres dedicarse a algún tipo de lectura.

La persona criada en su hogar donde se experimentan éxitos, y cuyos éxitos son premiados, aunque previstos de antemano, llega a desarrollar un auténtico hábito de éxito; lo cual conlleva a que éste tenga éxito en la vida escolar, social y laboral, siempre y cuando las actividades sean adecuadas a su capacidad o adiestramiento.

Por todo eso, se deduce que los valores culturales transmitidos por la familia desempeñan un papel importante en la vida del adolescente, no sólo en el campo en que la persona prefiere trabajar, sino también en la intensidad, y el esfuerzo que dedicará a dicha ocupación.

— Parece evidente que la gente reacciona ante determinadas circunstancias laborales y sociales, manifestando unas actitudes moldeadas en la arcilla de su historia personal, y que tales actitudes representan verdaderos esfuerzos de adaptación, destinados a hallar las satisfacciones laborales y sociales que puede saciar las necesidades inherentes a este historial personal. El calibre de este molde depende en gran parte, del calibre del modelo de representación del alcance de la unidad familiar, y del sentimiento positivo o negativo suscitado por los padres, es decir, de la seguridad emocional del individuo durante su infancia.

A) FACTORES QUE PUEDEN AFECTAR LOS ROLES FAMILIARES.

Los factores que pueden afectar los roles familiares pueden comprenderse mejor en función de la reciprocidad e interdependencia de la adaptación de los individuos a sus roles respectivos, reciprocidad de compañerismo social y afectivo, participación de ambos padres en la autoridad y división del trabajo, así como la complementariedad de la conducta sexual.

Ackerman (1988), nos dice: Cuando la pareja matrimonial llega a la paternidad los problemas de responsabilidad paterna compartida agregan otro nivel de complejidad a las relaciones familiares, y el conflicto en las relaciones entre roles paternos se agrega a cualquier conflicto que pueda existir de antemano en las relaciones entre los roles matrimoniales. La relación íntima entre el padre y la madre ejerce mucha influencia en el rol paterno y materno. Los factores de personalidad y cultura juegan un papel muy importante para que el rol se lleve a cabo de determinada manera.

La definición de la personalidad como sistema interno de creencias, expectativas, deseos y valores posee la ventaja de que tiene elementos comunes a la familia, ya que nos dice Ackerman (1988), la familia puede ser considerada como una especie de unidad de trueque. Los valores que se intercambian son: amor, alimento, protección, bienes materiales e información.

El matrimonio supone cierta afinidad de personalidad, intereses e incluso aptitudes y que los factores que provocan la desintegración de los matrimonios son los mismos que afectan el desarrollo de la personalidad (Ackerman, 1988).

Según Linton (1988), cultura es la configuración de la conducta aprendida y los resultados de la misma. Los miembros de una sociedad particular participan de los componentes elementales de la cultura, la cual transmiten a sus descendientes. Nos interesa principalmente el saber cómo se transmite y cómo se participa dentro de estas culturas en las conductas, actitudes y valores. Cada grupo cultural elabora ciertas formas de manejar los problemas generales como educación, alimentación, defensas de los miembros, etc., de acuerdo al rol que desempeñen dentro de su medio.

Sabemos que las culturas desarrollan diferentes soluciones acerca de los problemas de la vida, y al mismo tiempo que los miembros de cada cultura creen que su forma de desempeñar su rol es la mejor. Las normas que rigen la relación materno-infantil han ido cambiando, los adelantos materiales y técnicos y la incorporación de la mujer al campo

laboral fuera del hogar, han hecho variar el rol de la mujer en general y por tanto su rol específico de madre

Para comprender mejor la influencia entre sí, es necesario desglosar los factores específicos de cada rol en relación al marco de referencia que nos brinda; por un lado, la familia misma representada por las intervenciones de cada uno de los individuos; y por otro, su ambiente cultural.

a) Rol conyugal: Relación padre-madre. El rol materno puede estar influido por diversidad de factores, por ejemplo, la relación de la madre con su compañero, si esta relación es conflictiva, la conducta materna hacia el hijo puede verse alterada, dando como consecuencia exceso de protección, actitudes de indiferencia, exceso de castigo, etc.

Intentaremos explicar algunos aspectos de la familia mexicana que consideramos importante, especialmente, el papel preponderante de la madre en la familia mexicana.

En la familia mexicana, la mujer ya no recibe todas las atenciones que tenía del marido cuando eran novios, pues ya de casada ésta es desplazada, menos amada, rechazada y entonces se refugia en los hijos como consecuencia del cambio en la relación de pareja. Así la mujer mexicana acostumbrada durante siglos a ocupar un lugar secundario y sobreproteger a los hijos, lo seguirá haciendo (Manzanera, 1976)

Ackerman (1988), nos dice que es totalmente obvio que el tipo de relación íntima entre padre y madre ejerce una profunda influencia en el rol materno. Aquí nos interesa el tipo de protección y apoyo afectivo que el padre da a la madre, la consecuencia de esto en la idea de lo que una madre tiene de sí misma como madre, y también sus efectos en la ejecución de los deberes maternos.

b) Rol materno: Relación madre-hijo. El concepto de identificación es fundamental para una comprensión más clara de esta relación. Así tenemos que existen dos distintas clases de identificación: la de la madre con su hijo y el estado de identificación de éste con la madre.

Winnicott (1967, Citado en: Gibby, 1969), dice que en la mujer embarazada se observa una creciente identificación con el niño, que ella asocia con la imagen de un "objeto tierno"; un objeto tierno que la madre imagina se ha establecido dentro de su cuerpo y que permanece allí a pesar de todos los elementos adversos que existen también en ese ámbito. El bebé significa asimismo otra cosa para la fantasía inconsciente de la madre, pero tal vez el rasgo predominante sea la disposición y la capacidad de la madre para despojarse de todos sus intereses personales y concentrarlos en el bebé.

A este aspecto de la actitud materna, Winnicott (1967), la ha denominado "preocupación materna primaria".

Noyes y Kolb (1969), nos dicen que la función materna no solamente consiste en satisfacer las necesidades fisiológicas del niño, sino que éste será estimulado por el juego de la madre, por las caricias y por el intento de ella cuando trata de obtener alguna indicación de respuesta mediante gestos faciales y signos verbales.

Winnicott (1967), considera a la función materna en relación a tres categorías en las primeras etapas de la vida del hijo:

1. **Sostenimiento:** Se refiere a la forma en que la madre toma en sus brazos al bebé, puesto que esto está muy relacionado con su capacidad para identificarse con él. Cualquier anomalía en el adecuado manejo del hijo puede provocar en él una angustia intensa, lo cual resultará en la sensación de desintegrarse y de caer interminablemente en el sentimiento de que la realidad externa no puede usarse como reaseguración, y otras ansiedades.

- 2 Manipulación: La cual ayuda a que el niño desarrolle una asociación psicosomática que le permite percibir lo real como contrario de lo irreal. La deficiencia de esta categoría impide el "normal desarrollo" del tono muscular y todo lo relacionado con lo que llamamos coordinación, y también contra la capacidad del niño para disfrutar de la experiencia del funcionamiento corporal y de la experiencia de Ser"
- 3 Mostración de objeto o realización: Esto es, hacer real el impulso creativo del niño. Así, se promueve en el bebé su capacidad para la realización con los objetos. Las fallas en este aspecto bloquean el desarrollo de la capacidad del niño para sentirse real al entrar en contacto con el mundo concreto de los objetos y los fenómenos.

c). Rol paterno: Relación padre-hijo. Para plantear esta relación, expondremos el proceso de formación del rol paterno.

Con respecto a dicho proceso pueden distinguirse dos aspectos; el primero, constituido por la experiencia infantil del individuo (representada por la aparición progresiva de la masculinidad en la personalidad del padre); el segundo aspecto, está representado por su situación actual (relación con la esposa, con su familia como una unidad, desempeño de su rol en el área laboral y de otros roles sociales)

Siguiendo a Ackerman (1988), puede ser útil esquematizar cómo sigue la gama de las influencias actuales que moldean la conducta de un hombre en el rol del padre:

- 1) El moldeamiento cultural del rol del padre
- 2) La motivación del hombre para casarse y tener hijos.
- 3) La relación del padre con su hijo.
- 4) Las relaciones entre padre y madre como pareja paternal y como pareja matrimonial.

5) La integración de la personalidad del hombre a la familia como grupo (lo que implica la interacción con otros miembros de la familia. hijos, suegros, abuelos, etc)

El aspecto principal del rol paterno consiste en brindar protección y seguridad al niño, y hacer que éste adquiera las características de un ser social preparándolo para adaptarse al mundo ajeno al de la familia.

Como se señaló arriba, existen diversos factores que pueden llegar a perturbar el desempeño adecuado del rol paterno, en tanto que los roles parentales son interdependientes, cualquier conflicto entre ellos respecto al hijo influirá sobre éste, por ejemplo: actitudes de rechazo, seducción o sobreprotección. Las relaciones con los demás parientes y las relaciones sociales en general también pueden constituir un factor que afecte el desempeño del rol paterno.

d) **Rol Filial: Relación hijo-padres.** El rol filial consiste en una serie de actitudes que el niño va a desarrollar en el marco familiar de acuerdo; por un lado, a su carga genética, y por otro, a las respuestas que le surjan ante el medio ambiente.

Siendo como es, un ser dependiente en sumo grado a las expectativas parentales el niño va a desarrollar actitudes que van en relación a lo que esperan sus padres y demás figuras significativas. Al respecto, aseguran que "La percepción que tiene el niño de sus relaciones ante los demás le hace posible adquirir motivos en relación a ellos".

Las características comunes a la mayoría de los niños en relación al rol filial son las de tratar de agradar a sus padres, buscando su aprobación y afecto; esto lo logran a través de diversas actitudes, siendo la de llamar la atención o provocar que la atención de los mayores se centre en ellos.

Las actitudes de los padres pueden perjudicar el desarrollo del niño de diversas maneras, pero no debemos caer en el error de creer que los padres son los únicos determinantes de perturbación en el desarrollo infantil.

Los parientes pueden ser utilizados como fuente de protección y amor compensatorios a fin de neutralizar el temor a un peligro o a un daño proveniente de algún otro sector de la familia, o en el otro extremo, que puede convertirse al pariente en chivo expiatorio, o en un blanco para la hostilidad desplazada de otras relaciones familiares.

Los padres esperan del hijo varias manifestaciones de conducta, por ejemplo obediencia, simpatía, actos inteligentes como hacer preguntas ingeniosas, pruebas acrobáticas, actuaciones teatrales, etc.

Se ha pensado en la probabilidad de que los roles sociales del niño se desarrollen pasando de una etapa de absolutismo a otra de relativismo, en la cual las perspectivas de los otros están incluidas en sus propios marcos de referencia.

Newcombe (1964; Citado en: Gibby, 1969), en base a Piaget nos dice que El niño desea satisfacer sus tendencias en forma inmediata, pero a medida que crece y aumenta su conciencia del ambiente se va percatando de que tiene que tomar en cuenta las indicaciones variables de su medio para lograr la satisfacción que lo lleven a dicho fin: la risa y el llanto son los elementos que más utiliza. Según Newcombe, la última etapa en la adquisición de roles implica el reconocimiento de la reciprocidad entre uno y los demás.

Los niños comienzan a representar los roles de otras personas de las sociedad, juegan a ser médicos, panaderos, papás, mamás, etc. Estas conductas no son sólo imitativas, sino que se convierten en anticipatorias, y así aprenden a comportarse de acuerdo a lo que se espera que hagan.

La razón por la cual los niños tienen características similares no es porque imiten modelos parecidos, sino más bien porque interactúan con otras gentes quienes asumen sus roles de una manera más o menos estándar (Newcombe, 1964; Citado en: Gibby, 1969).

Así pues, el tratar de anticipar las conductas de los padres, hará que el niño vaya aprendiendo a comportarse de forma tal que se sienta aceptado y querido dentro del exclusivo contexto familiar (Newcombe, 1964; Citado en: Gibby, 1969).

2.4. LA FAMILIA Y SU INFLUENCIA EN EL DESARROLLO PSICOLOGICO DE LOS HIJOS.

El desarrollo psicológico se ha definido de varias maneras. En algunos enfoques ~~designados normativos, el desarrollo se entiende como una característica si se le puede~~ relacionar con la edad de modo ordenado o regulado; en otros enfoques más actuales, el desarrollo se identifica como la secuencia de cambios cualitativos y cuantitativos que se producen durante el transcurso de la vida, desde la concepción hasta la muerte, en donde se encuentra que el desarrollo psicológico se da de niveles cualitativos simples a complejos

Oheim (1985), aconseja a los padres de familia manifestarse ante sus hijos con un cuidado esmerado en todo el sentido de la palabra, ya que los niños en su más tierna edad tienden a imitar en todo lo que ven hacer a sus padres y hermanos, si los tienen mayores. Por el momento el niño cuenta con una sensibilidad extrema que hace percibir de inmediato las flaquezas y las malas costumbres de las personas mayores.

El niño es en extremo sensible a las circunstancias, si éstas son favorables se irá haciendo a la idea de que la vida es bonita y que vale la pena vivirla. De lo contrario, si se le avergüenza o se le ignora, puede ir perdiendo la confianza en los demás y en sí mismo, sintiendo la vida difícil y penosa (Oheim, 1985).

Entre los niños suele haber problemas, y muy serios, por ello no hay que desesperarse o lamentarse delante de él, porque es muy probable que se le fomente esa actitud indeseable. En tal caso, conviene con tranquilidad e inteligencia, comentarlo a solas entre ambos padres y buscar con mucha prudencia en forma positiva la medida que convenza a la sensibilidad, carácter y al temperamento del que ahora es motivo de su preocupación (Oheim, 1985).

Galli (1976), expresa en forma sencilla la importancia que tiene en la formación social del niño, desde la más temprana edad, a superar una sociabilidad en la que necesariamente va a estar inserto, y a la vez hacerlo que vaya descubriendo esa sociabilidad interior que le va a servir, primeramente para relacionarse con su familia, y en la forma como se encuentre ésta se desarrollará al exterior para con las demás personas, y así llegue a transformarse en una comunión de personas, con plena conciencia de buscar la convivencia, la colaboración, la comprensión mutua y la integración, mediante el ejercicio del amor, de la justicia, de la responsabilidad y del diálogo.

Al explicar estas cualidades, el autor ya mencionado, nos dice que “el amor” lo lleva al niño a descubrir en el otro una persona semejante a él mismo, movido por esta convicción adopta ciertas normas que se inspiran en la bondad, la comprensión, la fraternidad y así se va comprometiendo a una progresiva donación de sí.

Atendiendo a lo anterior, dice Winninger (1968, pág.129) “educar al niño es prepararlo para la vida, ayudar a desarrollar su personalidad y a buscar una profesión conforme a sus aptitudes y útil a la sociedad”. Nos dice que en esta tarea la herencia no tiene un papel muy importante. El medio familiar y social es el verdadero responsable de la formación de un hombre. La acción y la influencia de los padres es decisiva.

La influencia, sobre todo de los padres, es preponderante por el ambiente material, social y moral que ellos crean a su alrededor. En la familia el niño es en donde aprende a discutir y a escuchar. Entre hermanos aprende a defenderse y después, en sociedad, hace

ensayos de enfrentamiento y también se somete a normas de disciplina y a comportarse delante de la gente (Winninger, 1968)

Ahora bien, la adaptación a la vida familiar y social debe ser la preocupación de todo padre de familia (Winninger, 1968).

Algunas ideas de Galli (1976), en las que dice que se ha llegado a comprobar que el medio sociocultural de la familia que envuelve al niño y al adolescente le va formando motivos y valores que en un futuro los irá haciendo suyos.

Es importante considerar la forma en como los padres educan a sus hijos, el tono del ambiente familiar les dará seguridad; si hay armonía, les dará paz, comprensión, ayuda mutua, amor, etc. Como también es posible y por desgracia se ve con mucha frecuencia a niños que sufren inseguridad por causa de matrimonios de sujetos inmaduros, incapaces de tomar una responsabilidad de tanta trascendencia, apoyándose solamente en sus intereses muy personales en forma egoísta sin importarles el futuro de sus hijos.

Para que los jóvenes de este tiempo, y los de mañana, lleguen a realizarse como personas, es preciso que los padres de familia sean más conscientes de su papel en el hogar, para comprenderlo se tomará lo que dice Galli (1976,pág.24) "el adulto no educa las estructuras biológicas y psicológicas sino se sirve de éstas para desarrollar la personalidad".

Para la vida, como lo menciona Galli (1976,pág.25), se ha de ir precisando una estructura afectiva ordenada de manera que los padres tengan el cuidado de conducir a sus hijos desde los primeros años. Para ello deben cumplir con los siguientes requisitos:

- a) Bienes materiales: será el medio indispensable para que el niño satisfaga sus necesidades y así le ahorren estados de ansiedad y de incertidumbre.

- b) Seguridad familiar: se ayudará al sujeto a lograr un fuerte dominio de sí mismo y se manifestará espontáneamente y en el grado que lo amerite.
- c) Protección emotiva: evitarle tensiones interiores muy intensas porque puede ocasionar efectos negativos, sobre todo en cuanto sea más joven el sujeto
- d) Interacción social: Indispensable para librarle de la frustración, reducirle el índice emocional y permitirle una más amplia afectividad.

Los experimentadores han demostrado que sólo el amor y la disciplina, dirigidos a orientar las fuerzas interiores en evaluación, son medios válidos para configurar personalidades libres de conflictos y estructuras morales de tipos "racional altruista", efectivamente estables, abiertas al contacto con el prójimo y purificados del complejo de hostilidad y culpabilidad (Galli, 1976)

La felicidad de un ser en la edad adulta dependerá siempre de cómo se haya desarrollado su infancia en el seno familiar. Si ha vivido rodeado por un afecto natural, si el ejemplo que se le ha dado respecto a los demás ha sido generoso, si se le ha enseñado a comportarse; sin lugar a duda su actuación en la vida, como adulto, será la respuesta adecuada a éstas actitudes (Galli, 1976).

La familia es el primer contexto en que se produce el desarrollo; en ella el niño realiza el tránsito de lo biológico a lo social, de los reflejos a la inteligencia, de la indiferenciación a la individualidad. Es en el seno de su familia donde el niño se convierte en persona, con rasgos psicológicos identificatorios y crecientemente distintivos (Galli, 1976).

CAPITULO III.

LA INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.

En el capítulo anterior, hablamos de la familia, en donde sus características se basan en los roles de cada uno de los miembros. Ahora abarcaremos específicamente la influencia de la familia en el desarrollo de la personalidad.

Hay que prestar especial atención al hecho de que en el seno de la familia se desenvuelven vigorosos procesos configurantes de la personalidad de todos sus miembros. Especialmente la personalidad individual concreta de los hijos se moldea inicialmente y en una gran proporción dentro del seno de la familia, y es configurada en muchísimos aspectos, a veces decisivamente, por el ambiente de la familia, y de modo muy acentuado por el espíritu de la madre.

El status maternal es considerado de mayor importancia para el desarrollo de los hijos que el rol del padre. Por ejemplo; García (1990), señala que las mujeres invierten más en sus hijos que los hombres, en especial durante la primera infancia es mucho más importante que la del varón. Aunque este hecho sea muy discutido, consideramos que cada función, ya sea materna o paterna tiene sus propios méritos e importancia para el buen funcionamiento de los integrantes de la familia.

Ahora bien, la familia es el molde principal de configuración concreta de la personalidad del hijo. El infante asimila posturas gestos movimientos y sonidos de sus padres. Va adquiriendo poco a poco el vocabulario rico, los dotes intelectuales del niño se desarrollarán mejor y más aprisa que si el vocabulario de sus padres es limitado e imperfecto.

Recasens (1993), uno de los factores más importantes en el desenvolvimiento de la personalidad del niño, factor cuya influencia probablemente habrá de perdurar a lo largo de toda su vida, es el monto y la calidad de la respuesta emotiva y de la atención que suscite en sus padres. El ambiente de afecto en que el niño se halle rodeado desde su primera edad, y las atenciones que se le prodigan, constituyen formidables estímulos psicológicos para su salud, y son condiciones de enorme importancia en la configuración de su personalidad de por vida.

Los estudios sociológicos y psicológicos especializados sobre estos hechos, han puesto de manifiesto que otro de los factores de gran importancia en la configuración de la personalidad es la situación de la armonía o de desarmonía que se da entre el padre y la madre. Mientras que un ambiente de cordial entendimiento y de armonía entre los esposos contribuye poderosamente a dar al niño o al adolescente un sentimiento de seguridad, los hogares deshechos que sólo conservan la apariencia externa de tales, pero que en la realidad quebraron, suscitan profundos desequilibrios en la personalidad de los hijos (Recasens, 1993).

Es así como los primeros hábitos en muchas conductas se adquieren dentro de la familia en la infancia y la adolescencia. Y esos hábitos llegar a formar, una especie de segunda naturaleza (Recasens, 1993; y Bronfenbrenner, 1979).

Por lo señalado anteriormente, el objetivo de este trabajo es identificar la importancia de todos los aspectos en los que la familia va contribuyendo con influencias a veces decisivas para la formación de la personalidad de los hijos. Por lo tanto, en este capítulo nos limitaremos a esbozar tan sólo algunos de esos aspectos como son la influencia de la familia en la socialización, en las emociones, en los procesos cognoscitivos y por último analizaremos la influencia de la familia en las necesidades y motivos de los hijos.

3.1. INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LA SOCIALIZACION.

Buena parte de la literatura pasada sobre la interacción entre los padres e hijos se ha basado en la premisa de que se puede conocer fácilmente la conducta social y el desarrollo de la personalidad del niño estudiando los patrones parentales de crianza infantil.

Existe efectivamente una literatura muy abundante sobre las diversas influencias que ejercen los padres en el comportamiento social del niño. Sin embargo, el problema que está de por medio es mucho más difícil de comprender. Las interacciones tan complejas de por lo menos dos agentes activos que participan en la socialización. Efectivamente, es muy acertada la posición que concibe a la socialización como un proceso dialéctico, en el que cada nuevo nivel de desarrollo exige que tanto el progenitor como el niño reestructuren sus actividades conductuales el uno con relación al otro.

Bell (1968; Citado en: Fitzgerald y Strommen, 1990). fue uno de los primeros autores que llamaron nuestra atención sobre la falacia del modelo de socialización que supone una corriente unidireccional. Estableció el principio de que el estudio verdadero de la socialización es posible solamente si se acepta la premisa de que los padres y el hijo influyen mutuamente en el proceso.

Al analizar la evidencia en pro de la existencia de diferencias congénitas entre los niños, especialmente por lo que toca a lo asertivo y a la orientación hacia las personas se llegó a la conclusión de que estas diferencias podían producir en las madres diferentes patrones de cuidado materno. Los niños de gran orientación hacia las personas tienden a prestar mucha más atención a sus madres y a reforzar los intentos que hacen las madres por hacer que sus niños tengan interacciones sociales con ellas. Los niños de baja orientación hacia las personas tienden a producir en los que los cuidan menos atención de cuidado infantil y más castigos físicos (Bell, 1968; Citado en: Fitzgerald y Strommen, 1990).

Por su parte, Rheingold (1968; Citado en: Fitzgerald y Strommen, 1990), ha propuesto cuatro postulados en relación a la socialización inicial, que destacan la naturaleza interactiva del proceso. Tres de las proposiciones se refieren al papel del lactante en la socialización, y una se refiere al papel de los padres: (1) Desde el momento de nacer, el lactante es un organismo social. El lactante es uno de los miembros de una bina o mancuerna social (lactante-custodio), y nace como parte de una familia, que es, también ella, parte de una unidad social más grande. (2) El lactante se comporta socialmente. Es decir, la conducta del lactante produce, mantiene o modifica la conducta de otras personas. (3) El lactante socializa a otros. Con frecuencia el quehacer diario del custodio se modifica substancialmente para responder a las exigencias del lactante (cambiar un pañal sucio, proporcionar alimento durante la noche, etc.) Sin embargo, estas tres proposiciones no significan que Rheingold esté proponiendo un modelo unidireccional de socialización del lactante hacia el progenitor. Muy por el contrario, como se puede ver por la proposición final. (4) Es obviamente el custodio el que proporciona al lactante un ambiente, la comodidad y seguridad, y una información reforzadora acerca de lo apropiado de la conducta del lactante. Es precisamente el custodio el que decide en último término si hay que cambiar o no, los pañales, o si hay que alimentarlo en la noche o no, etc.

Un aspecto muy importante de la reciprocidad es el grado en que el custodio está consciente de las señales que da el niño, y en que responde a tales necesidades. Uno de los estudios longitudinales sobre la interacción entre madre y niño indicó que los niños que empiezan a andar, y que son afectuosos, felices y sonrientes, son precisamente aquellos que tienen madres con idénticas características de personalidad (Clarke, 1973; Citado en: Fitzgerald y Strommen, 1990). Por lo visto, entre madre y niño puede haber una relación muy serena y positiva que satisfaga a ambas partes.

En otro estudio, las madres partidarias de una intensa estimulación estaban muy conscientes de las necesidades de sus pequeños, jugaban con ellos en una forma muy infantil nada rutinaria, y les proporcionaban una rica estimulación auditiva y táctil (Brody y Axelrad, 1971; Citado en: Fitzgerald y Strommen, 1990). Las madres de poca iniciativa

limitan sus interacciones a tareas rutinarias de cuidado infantil y proporcionan una estimulación sensorial y social muy escasa, quedándose apenas en lo que se necesitaba para cumplir con tales menesteres. La elevada iniciativa materna dio por resultado una elevada responsividad del lactante, mientras que en el escaso estímulo materno produjo en el lactante una responsividad muy baja.

Más aún, los estudios actuales sobre la primera interacción social claramente demuestran que el lactante influye sobre la conducta de los padres y que éstos a su vez, influyen en la conducta del lactante. Dicho de otra manera, el lactante se comporta socialmente y a la vez socializa a otros (Fitzgerald y Strommen, 1990).

Es así, que cualquier persona que haya visto la sonrisa de un niño al ver a su madre, al mismo tiempo que los bebés crecen en el aspecto físico y afilando sus capacidades perceptuales, también se desarrollan socialmente. La naturaleza del desarrollo social temprano de un niño fundamenta las relaciones sociales que perdurarán toda la vida (Eisenberg, 1994; Citado en: Feldman, 1998).

Aunque muchos avances en el desarrollo social son incitados por la interacción con los semejantes, los patrones de crianza de los padres también moldean las aptitudes sociales de sus hijos. Baumrind (1971; Citado en: Feldman, 1988), encontró que los estilos de crianza caen en tres categorías principales:

- a) Los padres autoritarios: son rígidos y punitivos y valoran la obediencia incondicional de sus hijos. Tienen normas estrictas y desalientan las expresiones de desacuerdo.
- b) Los padres permisivos: dan a sus hijos una dirección relajada e inconsistente y, aunque afectuosos, les exigen poco.

- c) Los padres con autoridad. son firmes y establecen límites para sus hijos. Conforme los hijos crecen, estos padres intentan razonar con ellos y explicarles las cosas. También establecen objetivos claros y fomentan la independencia de sus hijos

Maccoby y Martin (1983; Citado en: Craig, 1992), han definido un cuarto estilo de crianza, que consiste en padres que son poco restrictivos y también poco cariñosos (Los padres indiferentes). Estos padres no ponen límites a sus hijos, ya sea porque sencillamente no les interesa o porque sus propias vidas son tan tensionantes que no tienen suficiente energía de sobra para dirigir a sus hijos.

Como lo mostraron Baumrind y otros investigadores posteriormente, los estilos de crianza tienen un impacto en la personalidad del desarrollo del niño. Baumrind encontró que los padres autoritarios tienden a generar niños introvertidos, temerosos, que muestran poca o nada de independencia y son taciturnos, inseguros e irritables. En la adolescencia estos niños (en particular los varones) pueden revelarse ante el entorno restrictivo de castigos en el cual fueron criados y volverse rebeldes y agresivos. Es más probable que las niñas permanezcan pasivas y dependientes (Kagan y Moss, 1962; Citado en: Craig, 1992).

Si bien la permisividad en la crianza es lo opuesto a la restrictividad, la permisividad no necesariamente produce resultados opuestos; muy extrañamente, los hijos de padres permisivos también pueden ser rebeldes y agresivos. Además, tienden a ser autoindulgentes, impulsivos, e inadaptados socialmente. En contraste pueden ser activos, con empuje, y creativos (Baumrind, 1975; Watson, 1957; Citado en: Craig, 1992).

Se ha encontrado que los hijos de padres con autoridad son los más adaptados. Son los más seguros, con más autocontrol, y los más competentes socialmente. A largo plazo, estos niños desarrollan una autoestima más alta y se desempeñan mejor en la escuela que aquellos que fueron criados en los otros estilos (Buri y Cols., 1988; Citado en: Craig, 1992)

El peor resultado se da en los niños de padres indiferentes. Cuando la permisividad se acompaña de una alta hostilidad (los padres negligentes), el niño se siente libre para dar rienda suelta a sus impulsos más destructivos. Estudios hechos a jóvenes delincuentes muestran que en muchos casos el ambiente de su casa ha tenido exactamente esta combinación de permisividad y hostilidad (Bandura y Walters, 1959; Citado en: Craig, 1992).

Maccoby (1979; Citado en: Craig, 1992), ha analizado los estilos de crianza desde un ángulo similar al del modelo de Baumrind, sólo que ha profundizado en las dimensiones de dicho modelo. No sólo le interesa los efectos que la conducta de los padres producen en el niño, sino también los efectos que el comportamiento de éste tiene en el de sus padres. Desde luego, los padres están en mejor posición que sus hijos para controlar el ambiente familiar. Pero la interacción entre unos y otros también incide en la atmósfera de la vida familiar.

~~En algunas familias, los padres son muy dominantes. En el otro extremo, los niños tienen el control. Ninguno de ambos extremos es sano.~~

En teoría, ni los padres ni los hijos dominan la familia todo el tiempo. Maccoby (1980), se concentra en las maneras en que los padres y los hijos interactúan para alcanzar una relación balanceada. Señala que conforme los niños, se hacen mayores, los padres necesitan ir a través de un proceso de negociación con aquellos para tomar decisiones. Esto no siempre ayuda a ser autoritario o permisivo. Es lo mejor para ayudar al niño a desarrollar formas de pensamiento a través de problemas y del aprendizaje. Esto puede generar una atmósfera cálida y de apoyo.

Maccoby (1980; Citado en Craig, 1992), habla acerca de la evolución del control paternal a un control mayor y autorresponsabilidad en los niños a medida que van creciendo. La calidez y el apoyo emocional de los padres es importante para esta relación en evolución debido a que los padres inculcan sentimientos como éstos en sus hijos. Esto hace

interacciones entre ellos más fáciles, incluso en situaciones que requieren del ejercicio de la autoridad. Según lo expresó Maccoby:

El calor paternal une a los niños con sus padres de una forma positiva; forma niños obedientes y más dispuestos a aceptar una guía. Si la relación entre los padres y los hijos es cercana y afectiva, los padres pueden ejercer el control necesario sin tener que aplicar una presión disciplinaria rigurosa (Hoffman, 1997).

Es así como los padres controlan tanto el mundo del niño, que determinan el tipo de experiencias que tendrán sus hijos. Este aspecto paternal de la socialización marca las reglas básicas para la socialización del niño, puesto que de lo que ven y experimentan sacan conclusiones sobre la naturaleza del mundo y de la gente (Hoffman, 1997).

Los niños aprenden en sus hogares lo que son los hombres y las mujeres. A través del comportamiento de sus padres, aprenden si un sexo es más capaz que otro, o si tiene mayor poder de decisión en casa o es más afectivo. Los padres enseñan a los niños cómo deben acercarse a otras personas y que esperan de ellas, así como que aspectos del mundo deben temer (Hoffman, 1997).

Los niños aprenden sobre la naturaleza del mundo observando cómo sus padres interactúan con sus hermanos. En el caso del castigo, por ejemplo, el aprendizaje por observación grava a veces una lección más profunda en los niños que si sufrieran ellos mismos las consecuencias: ver como le pegan a un hermano puede llevar al niño a exagerar el dolor de la paliza (Hoffman, 1997).

Por último, los niños aprenden acerca de la naturaleza del mundo a partir del entorno que les ofrecen los padres. Los padres pueden llevar a sus hijos a museos, jugar a la pelota o dejarlos siempre en casa. A lo mejor les animan a que jueguen en el exterior con libertad para experimentar e investigar o insisten en que los niños se queden dentro de casa. A menos que haya un adulto fuera vigilándolos.

Por otro lado, el niño que crece en la pobreza, en una casa dirigida sólo por la madre, experimenta una gran cantidad de carencias (Wilson, 1990, Citado en Craig, 1992). Al no tener un padre, el nivel social de la familia se mengua tanto como su nivel económico. Probablemente el alojamiento se verá apretado; los cambios frecuentes son normales. Los alimentos pueden ser descuidados y con poco valor nutricional. La atención médica puede faltar. También la mujer que se hace cargo de estos hogares a menudo está psicológicamente angustiada como resultado de su lucha para sobrevivir. Muchas sufren de depresión o ansiedad, lo cual interfiere con su capacidad de dar apoyo y de ser madres solícitas.

Los niños que crecen en estas casas son discapacitados de muchas maneras; afecta tanto su salud mental como su desarrollo intelectual. Un resultado es que tienen menos probabilidades de ascender de nivel socioeconómico que otros niños; dicho de otra manera, es probable que sus carencias económicas continúen en la edad adulta. También es más probable que ellos mismos sean padres solteros. Así el problema pasa de generación en generación (Mc Landhan y Booth, 1989; Citado en: Craig, 1992).

Hemos visto que ambos padres influyen profundamente en el desarrollo de sus hijos y un divorcio significa que el niño estará aislado, parcialmente de uno de ellos. Los niños forman también parte de una familia que ha pasado por una fuerte tensión conyugal. Muchos niños (especialmente los más chicos) sienten que ellos son los culpables de la separación de sus padres: si hubieran sido mejores, tal vez sus padres todavía vivirían juntos. Otras veces intentan lograr la reconciliación de sus padres, portándose muy bien o imaginando que todo vuelve a la normalidad (Hetherington y Cols , 1989; Citado en: Craig, 1992).

Después de un divorcio cambian las relaciones con los padres. Es probable que los hijos se muestren desafiantes y propensos a entrar en discusiones; durante la adolescencia, quizá se alejen, en el plano emocional de sus familias. A menudo, después de un divorcio los propios padres se ven sometidos, a una considerable carga de estrés y tal vez se vean impedidos para brindar afecto o ejercer control, se muestran distantes, inconsistentes en cuanto a disciplina, poco comunicativos o poco dispuestos a dar apoyo.

Uno de los ejemplos más graves e impresionantes de la desaparición de la estabilidad en la familia nuclear es el fenómeno denominado “maltrato del niño”. En vez de estimular y reforzar el vínculo tan íntimo y singular entre progenitor e hijo, el que maltrata al niño destruye las expectativas de amor, confianza y dependencia que son indispensables para el niño de corta edad. De ello resultan con mucha frecuencia graves problemas del desarrollo.

Feshbach (1980; Citado en Hoffman, 1997), cree que las diferencias en las actitudes y valores son más importantes en contribuir a los abusos que las diferencias de personalidad. Señala que la mayor parte de los padres tienen expectativas poco realistas respecto a sus hijos, suelen creer que sus hijos son capaces de tener un comportamiento de adulto y ven sus acciones como desafíos intencionados. Cuando tales padres también padecen de baja autoestima, pueden reaccionar con ira al mal comportamiento (deliberado), lo que aumenta la posibilidad de que se le pegue al niño. La culpa y el remordimiento después del incidente hacen que la autoestima del padre baje aún más y sea todavía más vulnerable para responder de nuevo con ira.

Los padres también tienden a ser inconsistentes en sus demandas de conducta que ellos hacen a sus hijos. Pueden castigar a sus hijos por llegar tarde a casa un día, pero lo ignoran al siguiente día, o lo pueden castigar mucho después, de manera que el niño siente que está siendo castigado sin razón aparente. Estos padres también tienden a tener problemas para definir sus papeles maritales.

A menudo fallan en la asignación de responsabilidades entre ellos mismos de tareas importantes, incluyendo la disciplina de los niños. Por lo tanto el niño se puede confundir por las inconsistencias de los padres y puede carecer de una idea clara acerca de qué tipo de conducta será tolerada. Además cuando los padres son miembros de una cultura que no desaprueba la violencia, los patrones de abuso son puestos en acción. Una vez que el patrón es iniciado, tiende a perpetuarse el mismo.

Los padres pueden justificar el abuso como una manera de “formar el carácter” y pueden restar importancia a los agravios sufridos por el niño. Pueden desplazar la culpa al niño y justificar su conducta sobre la base de que el niño es “odioso” o “testarudo” (Belsky, 1980, Citado en Craig, 1992)

Así es como las familias siguen siendo uno de los factores de socialización más importante para los niños. Los niños adquieren valores, expectativas y patrones de conducta a partir de sus familias, y lo hacen de varias maneras. Los padres y hermanos sirven de modelos para la conducta correcta e incorrecta y ellos premian o castigan la conducta de los niños. Por lo demás, ampliar las capacidades cognoscitivas les permite aprender una gama de reglas y conceptos sociales. Tanto los que se enseñan explícitamente como los implícitos. Y por último, el aprendizaje social se lleva a cabo dentro del contexto de las relaciones. Estas son algunas veces tranquilas y seguras; otras veces provocan ansiedad hasta dan origen al conflicto.

3.2. INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LAS EMOCIONES.

Las emociones se definían como estados afectivos que se presentan en nosotros bruscamente, en forma de crisis de mayor o menor violencia y duración. El miedo, la ira, etc., son ejemplos de emociones. Así pues los rasgos característicos de la emoción serían la brusquedad y la intensidad (Mustieles, 1980).

Los sentimientos, al igual que las emociones son estados afectivos complejos. Sin embargo, se diferencian de ellas en que son más duraderos y menos intensos. El amor, la compasión, los celos, etc., se consideran sentimientos (Mustieles, 1980).

Las pasiones, a su vez, tienen algo de los sentimientos y algo de las emociones, pero difieren simultáneamente de ambos. Por una parte tienen la intensidad y violencia de las emociones, y por otra, comparten la duración relativamente larga de los sentimientos. Algunos sentimientos pueden llegar a alcanzar tal vehemencia que influyen en el comportamiento global de la persona, "cegándola" a la realidad, pudiendo decir entonces que se han convertido en pasiones (Mustieles, 1980).

Para el conductismo y la psicofisiología, las emociones consisten en una estructura o forma de comportamiento debida a causas tanto internas como externas, y que se prolongan aún después de haber desaparecido el estímulo. Las emociones por lo tanto, constituyen una importante fuerza motivadora de la conducta humana (Mustieles, 1980).

El estudio de la emoción, especialmente en la infancia implica un gran desafío. Es muy difícil determinar con exactitud lo que un bebé está sintiendo y siempre resulta difícil señalar la causa de sus sentimientos.

Sin embargo, ésta ha sido la línea tradicional al estudiar las emociones del niño: identificar expresiones específicas de sentimientos.

En 1919, Watson, (Citado en Papalia, 1990), afirmó que los niños nacían con tres emociones principales: amor, ira y miedo; las cuales son respuestas incondicionadas a los estímulos.

El mejor ejemplo de su programa conductista experimental es probablemente la investigación sobre el condicionamiento de las respuestas emocionales en los niños. Apoyándose en sus estudios sobre la conducta fetal y posnatal de los animales, Watson inició el estudio comparativo de niños muy pequeños para identificar con precisión el tipo y la variedad de las conductas congénitas (las que se traen al nacer) presumiblemente heredadas (Citado en Papalia, 1990).

Describió, también, las condiciones básicas de que dependen la producción del miedo, la cólera y el amor en los bebés. El miedo según comprobó Watson, era producido por sonidos fuertes y pérdidas súbitas de apoyo. La cólera, por los impedimentos al movimiento corporal.

El amor, por las cosquillas, las palmaditas, las caricias y el acto de mecer (Citado en Papalia, 1990).

Por su parte, Bridges (1932; Citado en Papalia, 1990), señaló que los recién nacidos muestran solamente una emoción, una excitación no diferenciada (más tarde llamada "ansiedad") y que las emociones de los bebés se diferencian a medida que crecen, yendo de lo general a lo específico.

Desde temprana edad los bebés pueden tener una amplia gama de emociones que no se pueden expresar de manera específica o que no se pueden identificar con certeza.

Las emociones están interrelacionadas de varias maneras. Desde la infancia, por ejemplo, las personas utilizan el enojo o aún la risa (expresión de alegría) para enfrentar sentimientos subyacentes de daño o de miedo. Con frecuencia las personas tienen sentimientos conflictivos simultáneamente. Lloran cuando están felices o riendo tan fuerte que las lágrimas les brotan. Algunas veces es difícil decir si alguien está riendo o llorando. Un bebé puede

reaccionar ante un extraño con una combinación de sonrisas y lágrimas, acercándose y alejándose, además de mostrar interés y curiosidad en la nueva persona, así como temor de la amenaza potencial que representa ésta (Yarrow, 1979; Citado en: Papalia, 1990).

Algunas técnicas para el estudio de la emoción son los informes de los padres y la evaluación de sus hijos, así como los informes de los propios niños por medio de entrevistas y cuestionarios. Por consiguiente, los intentos por encontrar correlaciones entre estas diversas medidas han producido resultados contradictorios; en algunos estudios, se han encontrado correlaciones entre un ritmo cardíaco acelerado y expresiones faciales de angustia, mientras en otros casos no ha habido correlaciones claras. Yarrow (1979; Citado en: Papalia, 1990), sugiere combinar algunas de éstas técnicas, comenzando por observar a los niños en su vida diaria o en un día especial y después evaluarlos en el laboratorio. Así mismo opina que el niño debe tener al menos un rudimentario concepto de sí mismo antes de ser consciente de sus propios sentimientos.

El momento exacto de la aparición de las primeras emociones en el ser humano ha constituido durante mucho tiempo un tema de controversia (Papalia, 1990).

Investigadores como Lewis y Brooks (1978; Citado en: Papalia, 1990), consideran que los niños no son conscientes de sus propios estados emocionales hasta que cumplen un año de vida, aproximadamente; en tanto que otros como Stroufe (1979; Citado en: Papalia, 1990), creen que de los dos a los tres meses, los niños ya se involucran activamente en su medio y por lo tanto son capaces de sentir emoción real.

La complejidad de la emoción llega a ser aún más evidente cuando se piensa en la variedad de su expresión. Por ejemplo, el contexto de un suceso, cómo se presenta y cómo lo percibimos, influye en la manera en que se reacciona a él. Lo que produce un hecho que determina en gran medida la manera como se reacciona (Papalia, 1990).

Aquí también nos podemos dar cuenta, como el estado emocional de un niño se relaciona con su desarrollo cognoscitivo. El bebé que no logra entender por qué la madre usa esa máscara, puede atemorizarse más que aquel que nota que debajo de la máscara está la misma madre amorosa "Entender la broma" puede hacer sonreír al bebé, en vez de hacerlo llorar (Papalia, 1990).

El ambiente prenatal y las experiencias del bebé tan pronto nace y el ambiente actual, sin lugar a dudas, desempeñan su papel de estas diferencias en la expresión emocional (Papalia, 1990).

En el bebé, que todavía no puede hablar, las emociones tienen una enorme utilidad para establecer la comunicación con los padres para informar a los otros de sus necesidades. Al mismo tiempo, las madres creen reconocer en sus hijos las expresiones emocionales desde muy temprano a través de las expresiones faciales, vocales, los gestos y movimientos de los brazos. En un estudio (Johnson, 1982; Citado en: Delval, 1998), se encontró que las madres de niños de tan sólo un mes, creían reconocer en un 99% el interés, en el 95% la alegría, en el 84% la ira, en el 75% la sorpresa, en el 58% el miedo y en el 34% la tristeza. Quizá sólo se trate de atribuciones que hacen las madres, pero en todo caso, sirven para que respondan de forma diferenciada y posiblemente contribuyen así a consolidar las expresiones emocionales de sus hijos y la capacidad de comunicación.

Con el crecimiento va variando la manera de manifestar las emociones y cómo influyen en las acciones. Por ejemplo, cuando se frustra a un bebé de cuatro meses, limitando sus movimientos, dirige la ira hacia la causa inmediata, por ejemplo, hacia la mano que lo sujeta, mientras que hacia los siete meses se dirige hacia la persona que lo frustra. Ante inyecciones, los niños manifiestan primero cara de dolor, pero a partir de los siete meses expresan ira (Delval, 1998).

La sonrisa es un elemento importante de las relaciones sociales, pero inicialmente sería una expresión refleja, que pronto se produce como expresión de satisfacción y de bienestar.

Ese bienestar se manifiesta con frecuencia como reconocimiento de situaciones anteriores y así el niño sonríe al patito de plástico, al sonajero, a la lámpara de la habitación. Los adultos refuerzan intensamente la aparición de la sonrisa con gestos de alegría, con mimos, con expresiones vocales o movimientos dirigidos al niño. Así, poco a poco, se va especializando como una conducta de tipo social, y ésta es la forma que va a adoptar primordialmente y eso favorece que se vuelva a producir y que se convierta en un elemento esencial de la comunicación social. De este modo los adultos sonreímos sobre todo a otros seres humanos, aunque no sólo. La risa abierta aparece algo más tarde y es una manifestación más intensa que sirve además para descargar la tensión (Delval, 1998).

Las emociones se van socializando y las madres imitan las expresiones emocionales de sus hijos, pero se van limitando, a medida que crecen, a repetir las expresiones emocionales positivas y así se enseña a los niños a limitar y controlar las expresiones negativas. De todas formas ese control está relacionado con la capacidad cognitiva y con la previsión de las consecuencias que las emociones tienen en los otros (Delval, 1998).

Pero los bebés no se limitan a expresar sus emociones, sino que muy pronto son capaces de reconocerlas en los otros y de interpretarlas adecuadamente. Parecería que esa discriminación aparece hacia los tres meses todavía de una forma incipiente, pero hacia los cuatro-cinco meses, parece clara la distinción y se presentan caras con distintas expresiones emocionales, las de alegría y tristeza atraen más la atención y las miran más, mientras que la ira, el miedo, el desagrado o la tristeza, tienden a evitarse e incluso provocan llanto en el niño. Ya desde los tres meses los niños manifiestan síntomas de disgusto ante la cara inmóvil e inexpressiva de la madre, o ante su cara de tristeza. Así pues, los bebés son buenos reconocedores de las expresiones de los adultos más próximos y pronto van aprendiendo a responder a esas expresiones de forma adecuada. A partir del segundo año los niños son sensibles a las situaciones de tensión en los adultos y también son capaces de reconfortar a una persona en una situación negativa (Iglesias, 1985; Citado en: Delval, 1998).

Los niños se diferencian considerablemente con respecto a su sonrisa, y tales diferencias son significativas. El bebé alegre y feliz que recompensa los esfuerzos y cuidados de sus padres con sonrisas y murmullo, casi con seguridad establecerá una relación más positiva con ellos que la que pudiera establecer su hermano, quien está menos dispuesto a sonreír (Tautermannova, 1973; Citado en: Papalia, 1990).

La importancia social, cultural y económica que el niño tiene para el grupo familiar no es todo. Además de estos signos, que es posible determinar, hay un proceso continuo de interacción entre los hijos y sus padres que beneficia a ambos y estrecha la relación. Naturalmente, el niño abre nuevos caminos y los padres se ven tentados a seguirlo. El talento de un niño incita a los padres para abrazarlos y acariciarlos (Delval, 1998).

La paternidad exige continuas adaptaciones a las capacidades siempre cambiantes del niño. Al reaccionar ante nuevas necesidades de estímulo, y nuevos modos de expresar emociones, los padres se esfuerzan más y más en que su contenido sea favorable para el desarrollo de sus hijos.

Es así como la influencia de los padres se puede apreciar en la medida en que éstos y los hermanos permiten que el niño tenga influencia sobre su conducta y cambia su manera de pensar. Así mismo, las experiencias de los padres pueden hacer que el niño tenga un desarrollo eficiente en su personalidad.

3.3. INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN EL PROCESO COGNOSCITIVO.

Algunas de las más interesantes investigaciones que abarcan la influencia a corto y a largo plazo de los prodigadores de cuidado en los niños las han realizado investigadores que participaron en el estudio del crecimiento en Berkeley desde su inicio en 1928. Sus informes acumulados a través de los años, forman un banco de datos que han sido analizados y procesados muchas veces para revelar hallazgos interesantes que evalúan la interacción entre los patrones de crianza de niños y las inclinaciones de conducta infantil (Watson y Lindgren, 1991)

Bayley y Schaefer, realizaron un estudio longitudinal en base a los patrones de crianza; dirigieron uno de estos análisis y compararon varias dimensiones de la conducta materna, obtenida de observaciones hechas cuando el niño tenía tres años de edad y menos, con mediciones tomadas cuando el niño fue mayor; el cual informa de las relaciones entre la conducta materna durante este período temprano y las notaciones de las pruebas de inteligencia aplicadas cuando los sujetos contaban con 16 a 18 años de edad.

Se podría mencionar con brevedad algunos otros factores de la personalidad, pero se ha elegido la inteligencia como variable pertinente, porque es responsiva a muchas dimensiones de salud mental y autosuficiencia.

Así, la conducta materna tiene algo más que un impacto de gran proporción en el crecimiento cognoscitivo de varones que el que tiene en las niñas, en particular las formas más negativas de conducta. Los datos sugieren que las niñas son de alguna manera más resistentes y más adaptables psicológicamente que los varones, aunque hay algunas excepciones en cuanto a esta tendencia. Las niñas parecen responder más al apoyo materno en cuanto a la autonomía o independencia que los varones. Parece ser menos importante, en lo tocante a su desarrollo cognoscitivo de las niñas, si sus madres las tratan en forma

democrática o no, ni tampoco su C.I. se ve afectado en mucho por las expresiones de afecto de la madre. Por otra parte, las niñas parecen ser más vulnerables que los varones en lo que respecta a los intentos de la madre por promover conducta dependiente e irrumpir en su espacio de vida y privacidad. Las actitudes negativas y de rechazo por parte de la madre parecen tener un severo efecto en los varones y muy poco, si existe, en las niñas. Para generalizar, parece ser que los varones tienden a obtener provecho del intenso "proteccionismo materno, pero las niñas responden negativamente a ello (Watson y Lindgren, 1991).

La relación mas general y constante que se observa entre los patrones de interacción familiar y el rendimiento intelectual de los niños, es que los niños de hogares cariñosos y de apoyo mutuo, suelen tener mejor rendimiento, y que los niños de padres hostiles y rechazantes suelen tener un rendimiento muy pobre (Watson y Lindgren, 1991).

Sin embargo, este efecto general opera conforme a las diferencias de sexo. En el caso de niños varones, el elevado rendimiento intelectual durante los años escolares está vinculado con el cariño y la aceptación por parte de sus madres, especialmente durante sus tres primeros años de vida (Watson y Lindgren, 1991).

En un estudio que exploró un aspecto en cierta forma diferente del desarrollo cognoscitivo, Wulbert y otros (1975; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), identificaron un grupo de preescolares cuya inteligencia, medida mediante una prueba no verbal, (Escala Internacional Leiter de Desempeño), era normal, pero cuyo dominio de lenguaje era muy inferior a lo normal para su edad. El ambiente en el hogar de niños con retraso en el lenguaje fue entonces comparado con el de un grupo de control de niños normales, así definidos porque sus CI coincidieron con su desarrollo del lenguaje. El ambiente en el hogar de ambos grupos fue evaluado por observadores utilizando el (Inventario de Estimulación en el Hogar). Los resultados, indican que los niños con retraso en el lenguaje, en comparación con los niños normales, tuvieron madres que mostraron menos comprensión emocional y verbal, mostraron tendencia a utilizar más restricción y castigo, proporcionaron menos material

adecuado de juego, exhibieron menos comunicación con sus hijos, y proporcionaron menos oportunidades de variedad en la estimulación diaria (Watson y Lindgren, 1991).

Los observadores que evaluaron los hogares notaron que las madres del grupo de control estaban más dispuestas a acariciar a sus hijos, hablarles cálidamente y de elogiarlos ante el entrevistador. Sin embargo, las madres de niños con retraso en el lenguaje tuvieron tendencia de hablar de sus hijos en tonos de crítica, los reprendían y les gritaban, y en raras ocasiones los elogiaban o acariciaban. A los observadores les pareció obvio que los niños con retraso en el lenguaje fuesen fuente de gran frustración para sus madres y que la interacción mutua no fuese agradable ni para la madre ni para el niño. Esto no se debió a que los niños fuesen mentalmente deficientes. De hecho, cuando los dos grupos de niños fueron comparados con un tercer grupo de niños mentalmente deficientes, casi no hubo diferencia entre la conducta de las madres del grupo de control normal y la de las madres de niños mentalmente deficientes (Watson y Lindgren, 1991).

Además de su estudio acerca de la relación entre la conducta materna y el desarrollo cognoscitivo de los niños, Bayley (1964; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), estudió también el efecto que tienen los patrones de conducta materna en el desarrollo personal y social de los niños sujetos al Estudio del Crecimiento en Berkeley. Éste consiste en una gráfica que presenta las correlaciones entre ciertas formas de conducta materna experimentadas por varones durante los primeros tres años de vida y la proporción de amigabilidad que demostraron cuando tenían una edad entre los seis y medio y los siete años. Una vez más, la conducta cariñosa, igualitaria (democrática) de la madre parece facilitar la amigabilidad, mientras que la conducta hostil, punitiva y de rechazo parece inhibirla. Se encontraron relaciones semejantes entre la conducta de la madre y la cooperatividad y atención de los varones. Los patrones y relaciones para las niñas son también similares, en particular antes de los tres años de edad. La impresión general es de que las niñas son más autosuficientes y de alguna manera se ven menos afectadas por la variación en la conducta materna de lo que lo son los varones.

La investigación con respecto a la influencia del padre en el desarrollo cognoscitivo y afectivo de los niños se puede sintetizar en lo siguiente: el padre es importante, en especial cuando está allí.

Existe ahora considerable cantidad de datos de investigación que se relacionan con la ausencia del padre y su efecto en la conducta del niño

Mischel (1974; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), encontró en sus primeros estudios, que el gusto del niño por retrasar la gratificación se veía profundamente afectado por la presencia o ausencia de un padre en la casa. El autor, pidió a niños indios del Oeste que hicieran un pequeño trabajo para él. Les dio a elegir entre dos recompensas: Un pequeño caramelo inmediatamente después o uno grande en una semana. Los niños de hogares en los que no se encontraban presentes los padres tendieron a preferir la recompensa inmediata. Lo que este hallazgo implica es, por supuesto, que los niños de hogares donde los padres estaban ausentes fueron menos capaces de posponer la gratificación de necesidades y deseos, y tal vez tengan menos confianza en la fiabilidad de los adultos.

Lynn y Sawrey (1959; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), compararon varones noruegos cuyos padres incursionaban por el mar por períodos de nueve meses a dos años, con aquellos cuyos padres tenían base en tierra y por tanto permanecían en casa. Los niños cuyos padres se ausentaban tendieron a ser más infantiles y dependientes, tuvieron relaciones más pobres con sus coetáneos y fueron menos seguros en cuanto a su masculinidad que los demás varones.

Sin duda los padres desempeñan funciones claves en la crianza de los niños. La interacción del niño con sus padres, permite que satisfaga sus necesidades básicas de supervivencia, seguridad y amor, pero necesita más que estas mínimas satisfacciones para crecer y desarrollarse en forma normal (Lynn y Sawrey, 1959; Citado en: Watson y Lindgren, 1991).

Ahora bien, las condiciones físicas que prevalecen en un hogar son un aspecto de su ecología. Hay diferencia entre una casa limpia y ordenada y otra donde hay montones de platos y ropa sucia. La evidencia en cuanto a esta observación se puede encontrar en un estudio de niños negros de quinto grado que asistían a escuelas en un área económicamente deprimida de la ciudad de Nueva York. La mitad de los niños estudiados obtenían calificaciones superiores a las normas nacionales en pruebas de lectura y aritmética; la otra mitad obtenía calificaciones muy inferiores a las normas. Una trabajadora social de raza negra visitó los hogares de los niños y entrevistó a sus padres. Ella encontró que casi todos los niños que eran aplicados tenían hogares más limpios y ordenados que los menos aplicados. Además, los niños aplicados mostraron ser capaces de llevar una vida más ordenada, por ejemplo, fueron más capaces de realizar deberes del hogar, y la cena para ellos era una comida regular y no un bocadillo casual y sin horario. Hubo también menos apiñamiento (menos personas en cada habitación) en los hogares de los aplicados (Greenberg y Davidson, 1972; Citado en: Watson y Lindgren, 1991).

Por otra parte, la estimulación puede tener efecto de ayuda en el desarrollo cognoscitivo de los niños, pero el grado de orden o estructura en la vida de un niño es también muy importante. Algunos hogares son ricos en estímulos que poseen orden y enfoque: estímulos dirigidos al niño en forma de conversación, atención, caricias, cariños y juego. Por lo general tales estímulos tienen efecto de ayuda en cuanto al surgimiento de formas más maduras de conducta. Otros hogares son ricos en estímulos más difusos o negativos que no enfocan las necesidades del niño: un aparato de televisión encendido 16 horas al día, adultos que participan en discusiones o peleas, y ruidos de tráfico y fábricas que pueden ser intensos. Considerable exposición a tales estímulos puede tener efecto de inhibición o confusión en el desarrollo cognoscitivo y afectivo (Watson y Lindgren, 1991).

Como se ha observado, tanto los niños como los animales en laboratorio responden favorablemente a nuevos incrementos de estimulación. Diversos estudios muestran que la estimulación intelectual varía con respecto al NSE (Nivel Socioeconómico) del hogar. Uno de los más recientes estudios fue dirigido por Werner, Biernan y French (1971), que

correlacionaron los CI de casi quinientos niños de diferentes ambientes culturales y étnicos en Hawaïi (en la zona rural), con el potencial de estimulación intelectual de sus hogares. Las pruebas de inteligencia se aplicaron dos veces a los 20 meses y a los diez años de edad de los niños. (Citado en: Watson y Lindgren, 1991)

Para los niños de 10 años; se muestra que las correlaciones entre los CI de los niños y el ambiente familiar eran positivos. La relación fue bastante semejante para los CI de los padres, su educación y el nivel socioeconómico, pero lo que es en particular interesante es que la estimulación educacional produjo la más alta correlación y obviamente fue la variable más significativa. La estimulación educacional consistió en una categoría compuesta de: oportunidades disponibles en el hogar para enriquecer el vocabulario de los niños; la calidad de los modelos de lenguaje disponibles para los niños; las actividades intelectuales e intereses de la familia; el tipo de hábitos de trabajo destacados en casa; la disponibilidad de instrumentos de aprendizaje tales como libros, periódicos; y las oportunidades para que los niños participen y exploren diversos aspectos del ambiente más amplio a través de bibliotecas, cursos especiales, actividades recreativas, etc. Las pruebas de inteligencia aplicadas a los 20 meses también mostraron relaciones positivas con la educación, el CI y el NSE de los padres (Werner, Biernan y French, 1971; Citado en: Watson y Lindgren, 1991).

Todas estas variables se interrelacionan, por supuesto. Los padres con más años de estudios pueden contar con trabajos de nivel más alto y ser económicamente más solventes. También son capaces de crear un ambiente que sea intelectualmente estimulante para el niño. Esto depende en parte de factores económicos, ya que cuesta dinero comprar libros, suscribirse a revistas, pagar lecciones de música, y participar en una amplia gama de actividades recreativas. Pero, la estimulación educacional no depende en su totalidad del apoyo económico, porque también abarca variables como hábitos de trabajo de la familia, complejidad del lenguaje al que están expuestos los niños, etc. En otras palabras, las actitudes y valores de los padres también son factores significativos en el desarrollo psicológico de sus hijos

Zajonc (1976; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), ha revisado algunos estudios significativos que en una forma u otra se relacionan con una variable que ha sido denominada densidad de población (aglomeración) en los hogares de los niños. El hace notar que gran cantidad de estudios muestran rutinariamente que el tamaño de la familia se relaciona de manera importante con el CI de los niños: entre más grande sea la familia, más bajo puede ser el CI de los niños.

Zajonc (1976; Citado en: Watson y Lindgren, 1991), también observa la tendencia de niños nacidos en el inicio de la secuencia del orden de nacimiento a tener CI más elevados que aquellos que nacen con posterioridad. Es evidente que esta ventaja se deriva de tres factores: 1) las familias durante las etapas iniciales son más pequeñas, y por tanto hay menos aglomeración en los hogares, 2) los padres se pueden comunicar más con sus hijos y darles más atención cuando las familias son aún más pequeñas, y 3) los niños mayores funcionan como maestros de los menores, y el acto de enseñar es en particular estimulante para el desarrollo cognoscitivo. Los niños que nacen primero es obvio que tienen más tiempo para funcionar como maestros que los nacidos posteriormente. Sin embargo, Zajonc observa que si se extiende el espacio de tiempo entre los nacimientos de los niños los hogares se ven con menos aglomeración, los niños menores obtienen más atención, y el orden de nacimiento tiene mucho menos influencia en el desarrollo cognoscitivo.

Es así, como los padres que tienen a un niño a su cargo pueden influir deliberadamente en el desarrollo cognoscitivo del niño, presentándole estímulos interesantes, enseñándole a que busque nueva información. Así mismo, los padres pueden influir en su desarrollo cognoscitivo sin estar conscientes de ello; es decir, no es necesario que estén continuamente pensando cómo ayudar al niño para su desarrollo, para que el niño se beneficie de las relaciones que tiene con ellos. Por ejemplo, una mamá puede poner a su hijo junto a ella mientras cocina, para protegerlo de cualquier peligro mientras ella trabaja. El niño puede ver todas las actividades necesarias para la preparación de la comida e interactuar verbalmente con su mamá durante el proceso. Todo esto da al niño una mejor idea de lo que es la comida que él come y cómo se transforma de un estado a otro (Watson y Lindgren, 1991)

Probablemente el factor más importante que aporta la familia al niño en su desarrollo cognoscitivo es sencillamente darle oportunidad de interactuar con ellos. Un ser humano es capaz de responder a los cuestionamientos de un niño, darle información, reaccionar de maneras distintas, lo que provoca sorpresa en el niño, o alabar al niño por sus respuestas (Newman y Newman, 1991).

White y Watts (1973; Citado en: Newman y Newman, 1991), encontraron en las comparaciones que hicieron entre niños normales (A) y niños por debajo de lo normal (B) que las madres de los niños A pasaban más tiempo interactuando con sus hijos que las madres de los niños B.

Y esto ocurría así en todos los niveles de edad que se observaron. Esto no significa que sea necesario estar con un niño todo el tiempo para contribuir en su desarrollo cognoscitivo.

Finalmente, la cantidad y la calidad de las interrelaciones que los que cuidan al niño tienen con él, determinan la importancia de su contribución al desarrollo cognoscitivo del niño (Newman y Newman, 1991).

3.4. INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LAS NECESIDADES Y MOTIVOS.

En los contactos repetidos del niño con su entorno se van estableciendo situaciones que se repiten una y otra vez de forma muy regular. Así, de ese conjunto de relaciones con personas y cosas, va emergiendo una relación especial con la persona que le cuida más directamente, particularmente la figura materna (Delval, 1998).

Si se piensa un poco sobre cómo se establece esa relación, lo primero que se le puede ocurrir a uno es que la alimentación, la limpieza y la satisfacción de las primeras necesidades ligadas a la supervivencia deben ser el momento y la causa del establecimiento de los primeros vínculos. Y así lo pensaron también psicólogos, psiquiatras y otras personas relacionadas con el desarrollo del niño, que durante largo tiempo, sostuvieron que esa primera relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades del niño (Delval, 1998).

Dado que el niño necesita que le alimenten, que le limpien, que mantengan su confort y que esa tarea la realiza generalmente una misma persona, el niño asocia la satisfacción de necesidades con la persona y va estableciendo una relación con ella. Con el tiempo la relación se independiza de la satisfacción y el niño encuentra un placer en la relación y contacto con esa persona por sí mismo. Así, a través de la satisfacción de una necesidad primaria se establecerá una relación secundaria, que con el tiempo se hará autónoma (Delval, 1998).

Hoy se considera que esa primera relación es muy importante en los primeros años de vida para el desarrollo del niño, así como el desarrollo posterior y que puede marcarle en su vida futura, ya que la relación con la madre constituye el modelo de todas las relaciones afectivas posteriores. Psicólogos de muy distintas tendencias, han sostenido que la relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades (Delval, 1998).

El repertorio de necesidades del neonato es limitado; comprende las necesidades primarias del hambre, de la sed, de evitar el dolor, del contacto físico, de la estimulación, del calor, de la defecación y de la evacuación de orina. Habrá de adquirir después los numerosos motivos aprendidos que desempeñarán un papel tan dominante en su existencia. Los principios antes mencionados no sólo tienen que ver con el aprendizaje de respuestas motoras y de ideas, sino que nos ayudan también a comprender la adquisición de necesidades o motivos aprendidos (Mussen, Conger y Kagan, 1998)

En su mayor parte, la teoría del aprendizaje no nos ayuda a establecer cuáles motivos específicos serán los que lleguen a tener la mayor importancia en el desarrollo de la personalidad de los niños de una cultura. Sin embargo, formulaciones provisionales de cuáles son los determinantes principales de la conducta del niño y del adolescente pueden derivarse de teorías del desarrollo de la personalidad, de las investigaciones empíricas y de las observaciones clínicas de niños (Kagan y Cols., 1998)

Los motivos siguientes parecen tener importancia capital en el desarrollo de la personalidad del niño (Citado en: Mussen, Conger y Kagan, 1998):

1. El motivo del contacto físico: es el deseo de contacto íntimo con niños y adultos escogidos, y es expresado en conductas tales como la de abrazar a otro y pedir un contacto corporal estrecho.
2. El motivo de evaluación positiva por parte de otros: es el deseo de obtener aprobación, reconocimiento y elogio.
3. El motivo de ayuda instrumental o de auxilio por parte de otros: es el deseo de recibir ayuda para solucionar problemas o vencer obstáculos, y se observa en las múltiples peticiones de ayuda del niño para vestirse, abrir una puerta, hacer las tareas escolares, etc.

4. El motivo de reeducación de incertidumbre: es el deseo de evitar o de hacer menos penosa cualquier situación en la que el niño no está seguro de lo que ocurrirá después, o de cómo debe comportarse. El niño, lo mismo que el adulto, desea reglas y señales conocidas que le avisen de los acontecimientos futuros.
5. El motivo de la autonomía: es el deseo de poder controlar las propias acciones y verse exento del control impositivo de la propia conducta por parte de otros.
6. El motivo de dominio de otros: éste está relacionado con el deseo de autonomía, y es el deseo de desempeñar el papel dominante, en vez del sumiso, en las relaciones con otros.
7. El motivo de causar daño o ansiedad a otros (llamado comúnmente hostilidad): es el deseo de que alguna desgracia le ocurra a la persona que frustra los motivos del niño o amenaza sus valores.
8. El motivo de estimulación genital: es simplemente el deseo de las cualidades sensoriales agradables de la estimulación genital.
9. El motivo de suficiencia: es el deseo de perfeccionar algunas destrezas y puede observarse en el juego constructivo de los niños.
10. El motivo de elevar al máximo la congruencia entre la conducta, los motivos o los pensamientos propios y normas adquiridas previamente: éste último motivo es uno de los más difundidos, y afecta a muchos aspectos del funcionamiento del niño. A la edad de seis años, muchos niños han aprendido que su conducta debe coincidir con la que se considera propia de su sexo; así, también, que debe ser amable con otros y que debe decir la verdad. Una vez que ha hecho propias tales normas, el niño está muy motivado a que sus acciones y pensamientos coincidan con ellas. Cuando no ocurre así, propende a sentir desasosiego y una de las causas principales de la ansiedad es el apartamiento con respecto a las normas.

La ansiedad tiene gran importancia como determinante de la conducta humana, puesto que suele dar lugar a conductas que entran en conflicto con la satisfacción de otros motivos. Un niño desea saltar desde un trampolín como hacen otros niños, pero tiene miedo. Le gustaría decirle a sus padres lo mucho que lo enojan las "irrazonables" exigencias que le hacen, pero teme las represalias. La vida sería mucho más fácil para él si pudiese reconocer ante sí mismo que a veces no tiene sentimientos cordiales para con su madre, su padre o su hermano, pero; no sólo llegar activa o conscientemente a tales pensamientos les produce demasiada ansiedad. Por consiguiente, aprende a eludir estas acciones y estos pensamientos, porque tal evitación lo recompensa (es decir, da lugar a la reducción de la ansiedad provocada por tales pensamientos y conductas) (Mussen, Conger y Kagan, 1998).

La motivación puede tener varias propiedades, una de ellas es la de ser energizadora de la conducta. Si un infante, mientras se está agitando, encuentra un biberón o el pecho de la madre, sus respuestas, en la siguiente ocasión estarán más claramente dirigidas hacia esta meta. La explicación incluye el hecho de que las fuerzas motivadoras (llamadas a menudo necesidades o funciones) tienen valor de estímulo también. El aspecto de estímulo de las necesidades o funciones puede quedar vinculado de tal manera a respuestas como la de buscar el pecho de la madre, de modo que a la siguiente ocasión en que se active la necesidad, sus características de estímulo provocarán esta respuesta (Kagan y Cols., 1998).

Hay muchas clases de necesidades y de motivos que pueden influir en la conducta. Hay necesidades innatas, o sea necesidades primarias. Entre éstas figura toda una variedad de necesidades biológicas (de comida, agua, calor, oxígeno) que se tienen que satisfacer para que el organismo sobreviva. Una necesidad se entiende como un estado fisiológico interno del organismo y no como un conjunto de respuestas. Es decir, el niño tiene que aprender a comer o a buscar comida cuando tiene hambre. Es verdad que la naturaleza, a veces, ayuda en esto al proporcionar al organismo una respuesta adecuada a

determinada necesidad. Así por ejemplo, la respuesta del chupeteo se provoca característicamente cuando se coloca un pezón en la boca del infante. Sin embargo, el infante aprende a mamar, con mayor eficacia a medida que va practicando y más tarde, aprende a beber de un vaso y a comer con una cuchara (Kagan y Cols., 1998).

Aunque las necesidades, a veces, llevan al niño a buscar satisfacción, hay que observar que, por lo común, el organismo tiene que aprender la respuesta más eficaz para la satisfacción de la necesidad. Pero la mayoría de las respuestas de los humanos no son provocadas por necesidades, sino por motivos (Kagan y Cols., 1998).

Gutiérrez (1994), entiende por motivación todo aquello que causa o explica un acto humano.

Maslow, (1982; citado en: Gutiérrez, 1994), considera que la motivación de la conducta humana se produce por el tipo de necesidades que afectan a un individuo.

Kagan y Cols. (1998), hablan que los motivos son deseos adquiridos de algunas metas. Los niños aprenden los motivos del afecto, del poder, de las calificaciones, del dinero y de la amistad de los compañeros. Estos deseos (o motivos) fomentan el aprendizaje de determinadas conductas. Además como ocurre con la necesidad, el individuo tiene que aprender un conjunto de conductas para satisfacer un motivo. De esta manera, el deseo que el niño tiene del amor de la madre tal vez se haya desarrollado originalmente en virtud del papel que ésta desempeña en la satisfacción de sus necesidades primarias, mediante acciones tales como la del suministro del biberón de leche tibia, los mimos y los arrullos, el cambio de pañales, quitarle alfileres de seguridad o ponerle cobijas por las noches frías. Sin embargo, una vez desarrollado este motivo, es decir, el deseo de amor materno, puede servir como parte del aprendizaje de otros motivos complejos. Por ejemplo, si la madre le muestra amor sólo cuando el niño se muestra obediente y ordenado, el niño podrá adquirir una necesidad en el cumplimiento de sus actos que se manifestará inclusive cuando la madre no se encuentre presente. También podrá aprender

a ejecutar muchos actos complejos como los de guardar siempre cuidadosamente sus juguetes, mantener limpia su ropa, lavarse las manos frecuentemente y hacer siempre lo que se le dice, a fin de satisfacer los motivos fundados en su necesidad de afecto materno.

El grado en que la madre está consciente de las necesidades de su hijo, suele ser uno de los factores que regulan la primera conducta exploratoria. Ainsworth (1971), y sus colegas estudiaron a madres y a sus lactantes de un año. A las madres se les calificó sobre un continuo de sensibilidad a las necesidades de sus lactantes, luego se relacionaron las calificaciones con el comportamiento exploratorio de sus lactantes tanto en el hogar como en situaciones desconocidas para ellos. Así, se identificaron tres niveles de sensibilidad, que son:

(1) Las madres sensibles estaban siempre a la disposición de sus lactantes, eran cooperadoras y comprensivas. En el hogar, sus lactantes se servían de ellos como de una base segura desde la cual podían lanzarse a explorar el ambiente. Al colocarlos en un ambiente desconocido, la primera conducta exploratoria de los lactantes era igual a su conducta exploratoria en el hogar. Sin embargo, poco a poco iba aumentando la cantidad de tiempo que pasaban muy cerca de la madre. La mayoría de los lactantes de madres sensibles se ponían inquietos cuando se les separaba de su madre (Citado en; Fitzgerald y Strommen, 1990).

(2) Las madres inconsecuentes algunas veces manifestaban cierta sensibilidad hacia las necesidades de sus lactantes y otras no. Estas madres con frecuencia se entrometían en las actividades de los niños y con frecuencia también ignoraban las peticiones de sus lactantes. Así mismo, los lactantes de madres inconsecuentes eran, también ellos, inconsecuentes en el uso de la madre como una base segura. Al encontrarse en alguna situación extraña, al principio aprovechaban a la madre como base de operaciones. Sin embargo, al final de cuentas, estos lactantes pasaban mucho más tiempo alejados de sus madres mientras exploraban el ambiente a diferencia de los lactantes de madres sensibles.

(3) Las madres insensibles apenas si se preocupaban por las necesidades de sus niños y con mucha frecuencia tendían a rechazarlos y a negarles el contacto físico íntimo. Los lactantes de estas madres no se preocupaban mucho cuando se les separaba de ellas, y aunque se volvían a unir la madre y el lactante, éste se interesaba más por el ambiente que por su madre

Es así, como la exploración que hacen los niños de los ambientes desconocidos no solamente está en función de la sensibilidad materna, sino también de los objetos que están en el ambiente y del lugar que la madre ocupa con respecto a esos objetos.

CONCLUSIONES.

El siglo XX ha resultado en verdad enriquecedor en los estudios enfocados hacia el hombre y específicamente en su personalidad. Nunca se había estudiado tanto al hombre y su entorno social tomando en cuenta las repercusiones de la familia y sus efectos que éstos causan en la personalidad del hombre.

Varios investigadores han tratado de expresar y entender la relación que existe entre la familia y la personalidad, encontrando que la formación básica de la sociedad humana es la familia, siendo su origen biológico como alguna de sus funciones esenciales, siendo este un factor cultural de trascendental importancia en la vida del hombre.

Se ha abordado la problemática del concepto de personalidad a partir del análisis de las definiciones científicas propuestas en el área y esto a través de tres líneas complementarias de análisis: la agrupación de tales definiciones en categorías a partir del criterio que más enfatizan, la extracción de aquellas características a las que más frecuentemente se hace referencia en las mismas y la comparación del concepto de personalidad con otros conceptos con los que ha estado o está estrechamente relacionado. De acuerdo a las diferentes definiciones que se manejan, en resumen, por personalidad se entiende como un constructo que hace referencia a la organización dinámica y única de todas las características psicológicas de la persona, determinando su forma de actuar en la vida.

Se contempla la definición anterior, como un punto de vista personal obtenido por la realización del presente estudio, considerando la multitud de definiciones acerca de la personalidad, las cuales difieren según la concepción psicológica particular.

Se podría llenar un volumen con todas las definiciones de la personalidad. En efecto, a pesar de la evolución en el significado del término, y de las múltiples acepciones que se le

han dado a lo largo de la historia, la idea de la personalidad entendida como un conjunto de cualidades del individuo ha prevalecido hasta hoy

También, en el presente trabajo se está de acuerdo con lo planteado por González (1989), en que los psicólogos se interesan cada vez menos por la definición general de la categoría de personalidad, al reconocer el carácter complejo de esta estructura psicológica y el peligro de unilateralidad que puede implicar una definición cerrada acerca de esta categoría en el momento actual de su investigación.

Así, el campo de investigación de la personalidad está en las propias esferas aplicadas de la psicología por lo cual sus datos, interrogantes y conclusiones, son elementos esenciales para los psicólogos ocupados del conocimiento de las formaciones y regularidades generales de la personalidad. En la esfera de la personalidad, la investigación básica y aplicada forman, en el momento actual, una síntesis necesaria que deviene condición para el desarrollo de la teoría acerca de la personalidad.

Ahora bien, teniendo en cuenta a la psicología del desarrollo, ésta ofrece como instrumento el estudio de los acontecimientos de la vida del sujeto desde las épocas más tempranas y cómo estos acontecimientos repercuten en la formación de su personalidad. Es así que en este primer periodo de formación, el niño es particularmente sensible a las influencias psicológicas, es decir, a los factores que van a orientar su personalidad en sentido negativo o positivo.

Numerosos factores integran y condicionan nuestras personalidades. Algunos de estos son profundos y permanentes, mientras otros son transitorios y efímeros.

Prescindiendo de la teoría propuesta para explicar la personalidad, se ha visto que en su desarrollo influyen dos factores generales las experiencias de la persona dentro de su ambiente y la base biológica de la persona.

La interacción entre el niño y el ambiente es recíproca, continua e interdependiente. De este modo no se puede analizar un ambiente sin hacer mención de un niño. Ambos forman una unidad indivisible consistente en un conjunto interrelacionado de variables, o campo interactivo.

Por otro lado, el patrón genético particular establecido en el momento de la concepción influye en las características de personalidad que una persona desarrollará posteriormente. En forma muy obvia, las lesiones cerebrales heredadas o defectos de nacimiento pueden tener una pronunciada influencia en el comportamiento. Además de otros factores orgánicos como altura, peso, coloración de la piel, funcionamiento de órganos sensoriales y todas estas cosas que pueden afectar el desarrollo de la personalidad.

Resumiendo lo expuesto, podemos afirmar que los factores biológicos, ya sean hereditarios o adquiridos, juegan un papel muy importante en la génesis de la personalidad.

Por la importancia en la relación que existe entre la familia y la personalidad, es de gran necesidad el señalar que la familia; de acuerdo a sus características como institución humana, que evoluciona y es flexible según la época histórica y la cultura a la que se refiere; ésta ha sido definida y estudiada por diferentes disciplinas como la psicología, la antropología, la sociología, la biología, entre otras y cada una de ellas se enfoca a la función que la familia desempeña en el desarrollo del individuo.

Es así, como a la familia la conceptualizamos como aquella institución que aporta toda una serie de fenómenos sociales, psicológicos, económicos, culturales, etc.; fenómenos que ayudan al individuo a estructurarse como tal. Por este motivo, varios autores han abarcado las bases teóricas de la familia, predominando ésta como la institución social más universal. En una u otra forma existe en todas las sociedades, lugares y épocas en el desenvolvimiento de la humanidad.

Por lo tanto, la familia constituye uno de los máximos ejemplos de comunidad total o suprafuncional, con sociabilidad pasiva (participación en un patrimonio de creencias, valoraciones, ideas, sentimientos, formas prácticas de conducta, etc.) y con sociabilidad activa (procesos de cooperación deliberada)

En cuanto a los roles familiares, la imagen de la familia ideal, y de cuales deben ser los roles parentales modelos, presenta variaciones en términos de tiempo y espacio, sin embargo, algunos elementos basados en diferencias biológicas y relaciones complementarias entre los sexos permanecen constantes. Es así, como la madre protege al hijo y asegura su supervivencia, y el padre ejerce su protección sobre ambos y los provee de lo necesario para su manutención.

Es importante considerar la forma en como los padres educan a sus hijos, el tono del ambiente familiar les dará seguridad; si hay armonía, les dará paz, comprensión, ayuda mutua, amor, etc. Como también es posible y por desgracia se ve con mucha frecuencia a niños que sufren de inseguridad por causa de matrimonios de sujetos inmaduros, incapaces de tomar una responsabilidad de tanta trascendencia, apoyándose solamente en sus intereses muy personales en forma egoísta sin importarles el futuro de sus hijos.

Para que los jóvenes de este tiempo, y los de mañana, lleguen a realizarse como personas, es preciso que los padres de familia sean más conscientes de su papel en el hogar. Así que aquí se retoma el planteamiento de Galli (1976, pág. 12) "el adulto no educa las estructuras biológicas y psicológicas sino se sirve de éstas para desarrollar la personalidad".

Hay que prestar especial atención al hecho de que en el seno de la familia se desenvuelven vigorosos procesos configurantes de la personalidad de todos los miembros. Especialmente la personalidad individual concreta de los hijos se moldea inicialmente y en una gran proporción dentro del seno de la familia, y es configurada en muchísimos aspectos, a veces decisivamente, por el ambiente de la familia, y de modo muy acentuado por el espíritu de la madre

También las familias siguen siendo uno de los factores de socialización más importante para los niños. Los niños adquieren valores, expectativas y patrones de conducta a partir de sus familias, y lo hacen de varias maneras. Los padres y hermanos sirven de modelos para la conducta correcta e incorrecta y ellos premian o castigan la conducta de los niños. Por lo demás, ampliar las capacidades cognoscitivas les permite aprender una gama de reglas y conceptos sociales. Y por último, el aprendizaje social se lleva a cabo dentro del contexto de las relaciones. Estas son algunas veces tranquilas y seguras; otras veces provocan ansiedad y hasta dan origen al conflicto.

La paternidad exige continuas adaptaciones a las capacidades siempre cambiantes del niño. Al reaccionar ante nuevas necesidades de estímulo y nuevos modos de expresar emociones, los padres se esfuerzan más y más en que su contenido sea favorable para el desarrollo de sus hijos.

La influencia de los padres se puede apreciar en la medida en que éstos y los hermanos permitan que el niño tenga influencia sobre su conducta general. Así mismo, las experiencias de los padres pueden hacer que el niño tenga un desarrollo eficiente en su personalidad.

La relación más general y constante que se observa entre los patrones de interacción familiar y el rendimiento intelectual de los niños, es que los niños de hogares cariñosos y de apoyo mutuo, suelen tener mejor rendimiento intelectual, y los niños de padres hostiles y rechazantes suelen tener un rendimiento intelectual muy pobre.

Probablemente el factor más importante que aporta la familia al niño en su desarrollo cognoscitivo es sencillamente darle oportunidad de interactuar con ellos. Un ser humano es capaz de responder a los cuestionamientos de un niño, darle información y reaccionar de maneras distintas, lo que provoca sorpresa en el niño, o alabar al niño por sus respuestas.

Finalmente, la cantidad y la calidad de las interrelaciones de los que cuidan al niño tienen con él, determinan la importancia de su contribución al desarrollo cognoscitivo del niño.

Hoy se considera que la relación entre madre e hijo es muy importante en los primeros años de vida para el desarrollo del niño, así como para el desarrollo posterior y que puede marcarle en su vida futura, ya que la relación con la madre constituye el modelo de todas las relaciones posteriores.

De acuerdo a lo antes expuesto se concluye lo siguiente:

1. Hablar de personalidad sigue siendo hasta hoy día, un concepto general de la categoría de personalidad surgiendo así distintas tendencias en su investigación y presentando un conjunto de características generales.

Reconociendo el carácter complejo de esta estructura psicológica, es fundamental que se llegue a una definición con validez determinada, fundamentalmente, por su utilidad para hacer avanzar el conocimiento, en este caso el conocimiento sobre las personas. Pues hasta ahora, de acuerdo a los argumentos de las diferentes definiciones de los investigadores se ha quedado estancado el campo de la personalidad como ciencia.

Sin embargo, se considera que es importante que se retome esta temática en la actualidad para entender la conducta humana.

Por lo tanto, se considera la importancia de resaltar el papel que juega la investigación básica y aplicada, sin menospreciar la investigación teórica sobre la personalidad, tal y como lo consideran las investigaciones de Bozhovich (1987) y González (1985) en particular.

Dichas investigaciones fueron consideradas aquí, porque muestran un desarrollo más amplio y complejo sobre el problema de la personalidad; y en algunos casos porque se consideraron ciertos planteamientos relacionados con el objetivo de la presente investigación.

Sin embargo, en el presente trabajo a pesar de que no fue de interés la investigación de la teoría sobre la personalidad, se considera que actualmente sigue siendo un tema importante de investigación.

2. La reestructuración de la personalidad individual es sin duda alguna el resultado de la interacción dinámica entre los niños y su ambiente físico y social, pues estos contribuyen a su propio crecimiento a través de la expresión de sus singulares capacidades, a través de su energía y adaptabilidad, así, como a su habilidad para conceptualizar e interpretar los eventos, y también a su predisposición para expresar los estados de ánimo y los conflictos externos en forma de juego.

3. Los ambientes contribuyen al desarrollo de la personalidad porque proporcionan recursos variados, diversas oportunidades para la interacción social, expectativas culturales y patrones de conducta, pero indudablemente la influencia principal en el desarrollo de la personalidad es la familia, pues ésta tiene una función primordial que es formar a sus integrantes; y especialmente en su participación en la formación social, moral y afectiva de sus miembros; lo cual es determinante para influir en la personalidad del individuo, ya que esto nos ayudará a entender las conductas y comportamientos tan variados que actualmente encontramos en nuestra sociedad.

Uno de los factores más importantes en el desenvolvimiento de la personalidad del niño; factor cuya influencia probablemente habrá de perdurar a lo largo de toda su vida, es el monto y calidad de la respuesta emotiva y de la atención que suscite en sus padres. El ambiente de afecto de que el niño se halle rodeado desde su primera edad, y las atenciones que se le prodigan, constituyen formidables estímulos para su salud, y factores de enorme importancia en la configuración de su personalidad de por vida.

Así es como la familia viene a formar parte del crecimiento personal del hombre, y su función es proveer todas las necesidades que éste tiene. En este sentido, la familia debe ser

vista como una parte de un todo mayor; es decir, un sistema de parentesco (estructura de roles y relaciones basadas en lazos de sangre y matrimonio) que liga a hombres y a niños en un conjunto organizado.

La familia auténtica es la zona donde todo se percibe, sin necesidad de expresarlo, donde todo es común, sin dejar de ser individual. Es sede de conductas típicamente interindividuales, como son las de amor, pero al mismo tiempo es la sede en la que se aprenden muchos modos colectivos de conducta.

BIBLIOGRAFIA.

Ackerman, N., (1988). Diagnóstico y Tratamiento de las Relaciones Familiares. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Allport, G.W., (1962). Modelo y Desarrollo de la personalidad. Nueva York. Ed. Mc Graw-Hill.

Bandura y Walters, R.H., (1979). Aprendizaje Social y Desarrollo de la Personalidad. Madrid. Ed. Alianza.

Berryman, C., (1994). Psicología del Desarrollo. México. Ed. Manual Moderno.

Bijou S.W., y Baer D.M., (1985). Psicología del Desarrollo Infantil. México. Trillas.

Bozhóvich, L., (1987). Las Etapas de Formación de la Personalidad en la Ontogénesis. En: Martha Shuare (recopilación). La Psicología Evolutiva y Pedagógica en la URSS. Moscú. Progreso.

Brody, N., (1972). Teoría de la Personalidad. México. Ed. El Manual Moderno.

Bronfenbrenner V., (1979). La Ecología del Desarrollo Humano. Cap. II. "Estructuras Interpersonales como Contextos de Desarrollo Humano". México. Ed. Paidós.

Buss A.H., (1987). Psicología General. México. Ediciones Ciencia y Técnica. Vol. 3.

Bustamante J.A., (1963). "Aspectos Psicofisiológicos y Culturales de la Personalidad" En: VII Congreso Interamericano de Psicología. México. Ed. Sociedad Interamericana de Psicología.

Craig, G.J., (1992). Desarrollo Psicológico. México. Ed. Prentice Hall-Hispanoamericana.

Cohen, J., (1980). Evaluación de la Personalidad. México. Ed. Trillas.

Chinoy, F., (1980). La Sociedad: Una Introducción a la Sociología. México. Ed. Fondo de Cultura Económica.

Delval, J., (1998). El desarrollo Humano. México. Ed. Siglo Veintiuno.

Di Caprio, N.S., (1988). Teorías de la Personalidad. México. Ed. Mc Graw-Hill.

Diccionario de Trabajo Social. (1974). Buenos Aires. Ed. ECRO-ILPH.

Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, (1974). Ed. Española Aguilar. Vol. 4.

Eysenck H.J., (1990). Texto de Psicología Humana. México. Ed. El Manual Moderno.

Franz, A., (1980). "Influencia Educativa de los Factores de la Personalidad en el Medio Ambiente" En: Schneider, D.M., La Personalidad. México. Ed. Grijalbo. Cap. 6.

Feldman, R.S., (1998). Psicología. México. Ed. Mc Graw- Hill.

Fitzgerald H. E., y Strommen E. A., (1990). Psicología del Desarrollo. México. Ed. Manual Moderno.

Galli, N., (1976). La Pedagogía Familiar Hoy. Barcelona. Ed. Herder.

Gesell, A., (1978). El Niño de 1 a 5 Años. Argentina. Ed. Paidós.

Gibby, H., (1969). El Niño, Desarrollo y Adaptación. México. Ed. C.E.C.S.A.

González, R.F., (1985). Psicología de la Personalidad. La Habana. Ed. Pueblo y Educación.

González R.F., (1989). Psicología Principios y Categorías. La Habana. Ed. De Ciencias Sociales.

- Gutierrez, S.R., (1994), Psicología.
México. Ed. Esfinge.
- Hoffman, L. y Cols., (1997), Psicología del Desarrollo Hoy.
España. Mc- Graw- Hill.
- Kardiner, A., (1968), El Individuo y su Sociedad.
México. Fondo de Cultura Económica.
- Klineberg, O., (1986), Psicología Social
México. Fondo de Cultura Económica.
- Linton R., (1988), Estudio del Hombre
México. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Manzanera, R., (1976), La Delincuencia en México.
México. Ed. Messis.
- McClelland, D.C., (1951), Personalidad
Nueva York. Ed. Mc Graw-Hill.
-
- Meneses, M.H., (1982), Psicología General.
México. Ed. Porrúa.
- Mischel, W., (1979), Teorías de la Personalidad.
México. Ed. Mc Graw-Hill.
- Mustieles, J.L., (1980), Psicología General
Barcelona. Ed. Cultural. S.A.
- Newman, B., y Newman, P., (1991), Manual de Psicología.
México. Ed. Ciencia y Técnica S.A. Vol. I.
- Nodarse, J.J., (1992), Elementos de Sociología.
México. Ed. Selector.
- Noyes, y Kolb., (1969), Psiquiatría Clínica Moderna.
México. Ed. Prensa Médica Moderna.
- Nuria, S., y Solé M.R., (1993), Psicología Evolutiva.
España. Ed. C.E.A.C. S.A.
- Oheim, G., (1985), Tu Vida Social.
México. Ed. Daimon.

Otero, R.M., (1989), Estimulación Temprana.
Tesis UNAM ENFPI.

Papalia, D. y Olds, S., (1990), Desarrollo Humano.
Colombia. Ed. Mc- Graw-Hill.

Pinillos, D.J., (1976), Principios de Psicología.
Madrid. Ed. Alianza.

Recasens, S.L., (1993), Sociología.
México. Ed. Porrúa.

Sanz, F.J., (1998), "Psicología de la Personalidad" Revista de Psicología.
No. 10. p 1- 28.

Sarason, I.G., (1990), Personalidad.
México. Ed. Ediciones Ciencia y Técnica. Vol. I.

Super, D., (1971), Psicología de la Vida Profesional.
Madrid. Ed. Alianza.

Watson, E.H., y Lowrey, G.H., (1989), Crecimiento y Desarrollo del Niño.
México. Ed. Trillas.

Watson, R.I., y Lindgren, C.H., (1991), Psicología del Niño y el Adolescente.
México. Ed. Limusa.

Winninger, P., (1968), El Libro de la Familia.
España. Ed. P.P.C.

Wittig A.F., (1993), Introducción a la Psicología.
México. Ed. Mc Graw-Hill.